

GABRIELA MISTRAL Y LA BIBLIA

GABRIELA MISTRAL AND THE BIBLE

José Manuel Sánchez Caro¹

Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca-España

Resumen

El ensayo, partiendo de un texto en prosa escrito por Gabriela Mistral, y teniendo en cuenta el conjunto de su obra, estudia: 1) el origen de su contacto primero con la Biblia, 2) la edición de la Historia Sagrada que pudo leer en la escuela, 3) la versión bíblica que probablemente manejó, y 4) el significado de la Biblia y su influencia en la persona y la obra de la gran poeta chilena.

Palabras clave: Biblia, Gabriela Mistral, lectura bíblica, biblia y literatura.

Abstract

The paper, based on a prose text written by Gabriela Mistral, and taking into account her written work as a whole, examines 1) the origin of their first contact with the Bible, 2) the specific edition of the Biblical History that she could read in the school, 3) the Spanish Biblical version that she probably managed, and 4) the meaning of the Bible and its influence on the personal life and the written work of the great Chilean poet.

Keywords: Bible, Gabriela Mistral, Biblical reading, bible and literature.

Las palabras de Rut, de origen moabita, dirigidas a su suegra israelita Noemí, son bien conocidas: “adonde tú vayas, iré yo, / donde tú vivas, viviré yo. / Tu pueblo será mi pueblo, / y tu Dios será mi Dios” (Rut 1,16). Ellas describen perfectamente, a mi juicio, la relación profunda y extensa de la escritora y premio Nobel chilena con la Biblia, compañera de Gabriela,

¹Doctor en Teología Bíblica. Catedrático emérito de Introducción a la Biblia en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Correo: jmsanchezca@upsa.es

como Rut lo fuera de Noemí. No es una novedad esta relación, que ha sido parcialmente tratada, como habrá ocasión de ver. Pero nunca ha sido estudiada en toda su hondura y extensión, al menos en los escritos acerca de su obra de los que tengo conocimiento. Ayudar a cubrir en parte y modestamente ese hueco es el objetivo de este ensayo bíblico-literario.

Antes de entrar en materia, conviene poner las cartas sobre la mesa, acerca de mi modo de trabajar. Mi lectura de las obras de Gabriela Mistral, aunque se concentra en sus testimonios directos sobre la influencia de la Biblia en su vida y su obra, tiene en cuenta también las cuatro obras de la autora que fueron publicadas durante su vida: *Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar*. En principio dejo a un lado el *Poema de Chile*, con todos sus problemas de edición², así como otros poemas sueltos o publicados posteriormente a su fallecimiento, aunque ocasionalmente pueda aludir a alguno de ellos. Utilizo como edición de referencia la reciente antología de la Real Academia Española y de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que reproduce, con algunos añadidos, la edición más autorizada hasta ahora, la de las *Poesías completas* de 1966, edición corregida de la que fuera revisada por su autora en 1958³. Tengo en cuenta también, pues los considero de gran importancia para el propósito de este ensayo, los textos en prosa publicados en la misma antología, tanto los poéticos, como los informativos. Ocasionalmente haré referencia a algún otro escrito en prosa de la ilustre escritora, no recogido en esta edición. La razón de esta limitación de fuentes es doble. En primer lugar, porque considero suficientes y significativos para una aproximación seria y convincente a nuestro tema los escritos indicados. Pero, además, porque, al carecer de edición crítica de su obra escrita, el trabajo con la totalidad de su obra es hoy prácticamente imposible, al menos para quien no es especialista en literatura y, menos aún, en el intrincado conjunto de manuscritos y ediciones, que componen la obra escrita de Gabriela Mistral. Esperemos que, ya catalogados y organizados los escritos que han llegado a la Biblioteca Nacional de Chile,

² Sobre ello, cf. M. S. FALABELLA LUCO, *¿Que será de Chile en el cielo?: Poema de Chile de Gabriela Mistral*, Lom Ediciones, Santiago de Chile 2003.

³ RAE - Asociación de Academias de la Lengua Española, *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*. Edición conmemorativa, Santillana, Lima 2010, 758; cito *Antología* seguido de las páginas correspondientes. Para los criterios de edición seguidos, véanse las precisiones de C. Goig, *Antología CXV-CXX*.

procedentes del legado testamentario de Doris Dana, sea posible ir preparando una edición suficientemente crítica de sus escritos. Esta es también la razón por la cual tampoco entro a discutir directamente el problema de la compleja religiosidad de la escritora. Los estudios que he leído acerca de este punto adolecen todos del mismo inconveniente, a saber, la imposibilidad de ofrecer una visión completa y general de su inmenso caudal de escritos. Me limito a su relación con la Biblia y a algunos apuntes de su religiosidad que, en ningún caso, pretenden ser otra cosa que eso, meros apuntes. Finalmente, estas observaciones me llevan como de la mano a una última, que es preciso indicar. El trabajo presente está hecho por quien es especialista en la Biblia y lector agradecido de la obra mistraliana. Los datos más técnicos de crítica literaria son todos recibidos de otras manos más expertas que las mías, afortunadamente no escasas⁴.

Por lo demás, si nos atenemos solamente a los sobrios estudios introductorios que acompañan la *Antología* que nos sirven de fuente, encontramos en ellos, como no podía ser de otra manera, la constatación clara de la influencia bíblica en la obra de Gabriela Mistral. El mexicano Adolfo Castañón, académico de la lengua, recoge un bello testimonio de Octavio Paz, que merece la pena reproducir:

En Gabriela Mistral hay ecos inconfundibles de la Biblia, una voz que echo de menos en casi toda nuestra poesía moderna. Dije: *voz viril*, agrego ahora voz de varona, voz de Judith o de Esther, profunda y poderosa voz de montaña mujeril ... Poesía hecha con las palabras de todos los días pero ungidas por el aceite de lo sobrenatural. Realismo transfigurado, vida diaria transformada en rito y oficio divino⁵.

Tampoco se le escapa el detalle al director de la Academia dominicana de la Lengua, Bruno Rosario Candelier, quien elenca entre las grandes fuentes literarias de la poeta, la Biblia y los clásicos griegos y españoles⁶.

⁴ Aparte la selecta y útil bibliografía de C. GOIG en *Antología* 683-99, tengo también en cuenta los trabajos editados en la espléndida página web de la Universidad de Chile, <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/> (acceso último el 25 de febrero de 2012).

⁵ "Semejanzas de Gabriela en las voces de Mistral", *Antología* L; la cita en O. PAZ, "El pan, la sal y la piedra, Gabriela Mistral", *Fundación y disidencia*, Fondo de Cultura Económica, México 1991, 173-4.

⁶ "La veta mística en la lírica de Gabriela Mistral", *Antología* LIV.

Pero es, sobre todo, el argentino Pedro Luis Barcia, presidente de la Academia de la Lengua en su país, quien, al estudiar la prosa mistraliana, habla de “las lecturas modeladoras” de la poeta, afirmando con rotundidad que “la primera fuente que debe mentarse es la Biblia”. Apoya esta clara afirmación en la confesión que de ello hace la propia escritora en su breve conferencia “Mi experiencia con la Biblia”⁷, a la que enseguida habremos de referirnos. Fuera del volumen que me sirve de soporte, es preciso recordar el breve ensayo monográfico del chileno Carlos Depassier Hamilton, que suele ser el habitualmente citado, cuando se trata el asunto⁸. Y las alusiones al tema, que son tan numerosas, casi, como los estudios sobre la obra de Gabriela Mistral, puesto que se trata de un hecho evidente a poco que se pase la vista por sus poemas y prosas.

El presente ensayo parte de un análisis de su testimonio directo sobre la importancia de la Biblia en su vida y en su obra, teniendo en cuenta de manera general las referencias y usos bíblicos en la prosa y en la poesía mistraliana recogida en la *Antología* de 2010. Estas últimas, sin embargo, necesitan un análisis detallado posterior, un segundo ensayo, que ayude a descubrir la profunda influencia del mundo bíblico en la obra y la vida de la escritora. De momento, el trabajo presente se centra en su testimonio sobre lo que para ella significó el encuentro con el mundo de la Biblia, ya que tenemos la fortuna de contar con un relato largo sobre el particular, así como con otras referencias en el conjunto de su obra escrita. Las conclusiones que del ensayo se puedan deducir han de ser por tanto modestas y provisionales. Primero, por la referencia a una parte limitada de sus escritos; después, como ya he dicho, por la práctica imposibilidad de manejar todavía hoy adecuadamente el conjunto de la obra escrita de Gabriela Mistral.

Un temprano encuentro con la Biblia: la Historia Sagrada de la escuela

Como cuenta la misma escritora y es bien sabido, Gabriela Mistral se encuentra con el mundo bíblico muy pronto, cuando aún es una niña. De ello

⁷ P. L. BARCIA, “La prosa de Gabriela Mistral”, *Antología* LXXX-VIII.

⁸ C. DEPASSIER HAMILTON, “Raíces bíblicas en la poesía de Gabriela Mistral”, *Cuadernos*

nos enteramos sobre todo por la publicación de una conferencia impartida en la Sociedad Hebrea de Buenos Aires en 1938, “Mi experiencia con la Biblia”⁹. Podemos organizar esta experiencia en tres momentos claves: el primer encuentro por medio de la historia sagrada escolar; la lectura directa de los salmos bíblicos, oídos y aprendidos en la Biblia de la abuela paterna; la lectura consciente de la Biblia y su reflexión sobre la influencia que en su vivir y en su escribir la Sagrada Escritura ha tenido.

El primer contacto con el mundo de la Biblia lo tiene Gabriela en la Escuela Primaria, cuando encuentra una *Historia Bíblica*, es decir, una historia sagrada, entregada por el Estado a las escuelas como libro de texto. Ella tenía la escuela en casa, pues la maestra en Montegrande, lugar donde vivió hasta los once años, era en este momento su media hermana Ermelina; de aquí la disponibilidad del libro, a través del cual ella experimenta el primer encuentro con la Biblia:

Y el encuentro fue en el texto curioso de *Historia Bíblica* que el Estado daba a los niños. Aquella Historia tenía tres cuartos de Antiguo Testamento, no llevaba añadido doctrinal y de este modo, mi libro se resolvió en un ancho despliegamiento de estampas, en un chorro de criaturas ju-días que me inundó la infancia (*Antología* 578-9).

Nuestra poeta nunca dice qué Historia Sagrada o Historia Bíblica tuvo entre las manos. Cuando escribe estos recuerdos han pasado ya cuarenta años desde el hecho que cuenta, y aquel librito es más un recuerdo emocio-

Americanos 20, 5, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1961, 201-10; subraya también el hecho, especialmente en la prosa escrita entre 1904-1921, M. L. GAZARIAN-GAUTIER, “La prosa de Gabriela Mistral o una verdadera joya desconocida”, *Revista Chilena de Literatura* 36 (1990), Universidad de Chile, Santiago 1990, 17-27; así como L. DE ARRIGOTIA, *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico 1989.

⁹ “Mi experiencia con la Biblia”, *Antología* 578-87; el texto procede de una conferencia en la Sociedad Hebrea de Buenos Aires; de hecho apareció en *Revista de la Sociedad Hebrea Argentina*, Buenos Aires, 10 de mayo de 1938, págs. 3,4; 15 de mayo de 1938, págs. 6,7; 10 de junio de 1938, págs. 6, 7; parece sin embargo que hay una primera publicación en *El Mercurio*, 22 de marzo de 1931, periódico de Santiago de Chile del que ella era corresponsal; no he podido comprobarlo. Texto completo, entre otros lugares, en L. Vargas Saavedra, *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1978; y *Antología Mayor*, Cochrane, Santiago de Chile 1992, IV, 284-90.

nal que una obra concreta y determinada. Sin embargo, podemos intentar acercarnos a la obra escolar que le abrió el gusto por el mundo bíblico, buscando entre las historias bíblicas que por aquellos años se leían en las escuelas chilenas. La primera que se me ocurre es la escrita por el sacerdote chileno y político liberal Francisco de Paula Taforó (1816-1889). Se trata del *Curso de Historia Sagrada, dispuesto para los colejos nacionales de la República de Chile*, editado por primera vez en 1849 (Valparaíso, Impta. Europea; Santiago, Imprenta Nacional). De hecho, durante gran parte del siglo XIX era la historia sagrada que circulaba por las escuelas con el marchamo oficial, y tuvo al menos quince ediciones¹⁰. La última que yo he podido consultar es de 1891 (Valparaíso, Libr. del Mercurio). La niña Lucila tenía por entonces dos años y, ciertamente, aún no era capaz de leer, por lo que no parece que fuera éste su libro querido.

Tampoco parece que usara la *Historia Santa* del sulpiciano Philippe Victor Didon¹¹, que contiene moralizaciones, además de desconocerse ediciones durante la edad escolar de Gabriela. Otra obra candidata a figurar entre las manos de nuestra pequeña lectora escolar podría ser el *Compendio de Historia Sagrada* de Víctor Duruy (1811-1894), historiador y político francés, famoso por su monumental *Historia de los Romanos*. En su primera etapa como escritor publicó varios libros de texto escolar, entre ellos el *Compendio de Historia Sagrada* (Hachette, París 1872, 1885; 1886). En la traducción al castellano, hecha por Mariano Urrabieta, se usaron textos de su versión bíblica castellana de Félix Torres Amat, editada por primera vez entre 1822 y 1825. Hay además traducción de Ricardo Ovidio Limardo, editada en 1864 y 1869, con grabados en madera y tapa, en la editorial Hachette de París; lo mismo que la versión de O.L. Torneros en 1876. Pero existen igualmente ediciones chilenas de la obra. Por ejemplo, la de 1873, que se presenta como quinta edición y he podido consultar, se hace en la imprenta del Mercurio de Santiago. La de 1896 en Valparaíso, imprenta del Mercurio, se presenta como edición duodécima y tiene 160 páginas en

¹⁰ Cf. *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile* 21-22 (2004) 145-6; J. ROJAS FLORES, *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010*, JUNJI, Santiago de Chile 2010, 144.

¹¹ *Historia santa seguida de un compendio de la vida de N. S. Jesucristo*, traducido por Santos Tornero, Imprenta y Librería del Mercurio, Valparaíso 1848; hay varias ediciones; la última parece ser la de Lima, s.n. 1870.

octavo. También fue editada en Buenos Aires, al menos en 1869. Duruy debía ser autor muy leído y conocido en el Chile de la época, pues la Biblioteca Nacional de Chile guarda hasta 80 obras suyas, todas de historia, en castellano y francés. Sin embargo, a nuestros efectos, se trata de una historia sagrada que reproduce textos bíblicos, y esto no cuadra con lo que dice Gabriela Mistral en su relato de 1938. Por otra parte, tampoco parece ser adecuada la historia sagrada de los historiadores y periodistas franceses Joseph Chantrel (1818-1884) y Jean Wallon (1821-1882), pues la última edición aparecida en Chile llega sólo hasta 1880¹².

Me inclino por tanto a pensar que la obra leída en esos años por la niña Lucila en Montegrande fuera la historia sagrada de Claude Joseph Drioux (1820-1898), catedrático de historia en el seminario de Langres, Francia, con el título casi habitual de *Compendio de Historia Sagrada, seguido de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo*¹³. Hay muchas ediciones de esta obra. Entre las que hay en la Biblioteca del Seminario de Concepción y las que reseña la Biblioteca Nacional de Chile he encontrado ocho ediciones; la más antigua en 1857 (Imp. Del Comercio, Valparaíso 1857, 330 p., 12 cm); la más moderna de 1899 (Santiago, Roma, 240 p. 18 cm). Esta última es la que pudo tener entre las manos la niña Lucila a los diez u once años. De hecho, parece la edición más popular a finales del siglo XIX, y cumple con los rasgos descritos por la escritora. Así, estaba habilitada como texto escolar en las escuelas de ese tiempo. Un ejemplo de cómo se usaba, lo encontramos en el ejemplar de 1878 del Seminario de Concepción. El profesor entonces del Seminario de Santiago de Chile, a quien el ejemplar pertenecía y que ni firma ni da su nombre, escribe el año 1882 en las guardas blancas del libro el nombre de todos sus alumnos de la “2ª sección de la 1ª preparatoria”, equivalente a primero o segundo año de enseñanza media actual en Chile, entre 12 y quince años. Por otra parte, esta historia sagrada no lle-

¹² *Compendio de Historia Sagrada, seguido de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, El Mercurio, Valparaíso 1873, 430; hay otras dos ediciones, todas en Valparaíso, en 1877 y 1880.

¹³ *Compendio de Historia Sagrada, seguido de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, compuesto para la enseñanza pública por el Abate Drioux, y aprobada por los Ilmos. Sres. Obispos de Langres, de Nancy, y de Toul, de Lutson, etc. Traducido del francés por P. Pedro Moreno. Segunda edición nuevamente corregida, Nicasio Ezquerria, Valparaíso 1865, 8º, 239 p. 15x10,5 cm encuadernado en pastas duras, ejemplar del Seminario Metropolitano de Concepción, que he podido consultar.

va añadidos doctrinales, probablemente porque su autor, el abate Drioux, es historiador, no teólogo, como lo muestran sus otras obras: una historia universal en varios tomos y una historia de la literatura. Varios tomos de estas obras en francés pueden verse en la biblioteca del Seminario de Concepción, lo cual quiere decir que era autor conocido en los medios eclesiásticos de Chile. Y, para terminar, en el ejemplar de 1865 que he manejado, lo relativo al Antiguo Testamento ocupa 188 páginas (21-209), mientras que lo referente al Nuevo Testamento sólo tiene 66 páginas (210-76), lo que coincide con el dato de Gabriela Mistral, que describe una proporción de tres cuartas partes dedicadas al Antiguo Testamento. Así pues, mientras no se den otros argumentos, ésta parece ser la edición que despertó su afición por la Sagrada Escritura en la modesta y recoleta escuela de Montegrande, que aún hoy muestran con orgullo los vecinos de este pueblo cordillerano.

Es verdad que la escritora habla de “Historia Bíblica”, no de “Historia Sagrada”. Sobre este asunto debe decirse, que la expresión “historia bíblica”, para designar este tipo de obras, no tiene tradición en la lengua castellana. Prácticamente ninguna obra de este tipo en los siglos XVIII y XIX lleva este nombre en la producción hispana, que es sin embargo muy numerosa¹⁴. Y las pocas que se denominan así en el siglo XX son versiones de obras de Centro Europa o editadas allí, donde la expresión es más habitual¹⁵. De este ámbito puede Gabriela Mistral haber tomado la expresión que usa en su conferencia de 1938.

¹⁴ Cf. J. M. SÁNCHEZ CARO, “Biblia e Ilustración. Las versiones de la Biblia al castellano en el siglo XVIII”, *Helmantica* 58 (2007) 201-300; Id, *Biblia e Ilustración. Las versiones castellanas de la Biblia en el siglo de las luces*, Academia del Hispanismo, Madrid 2012.

¹⁵ Las excepciones del siglo XIX son la obrita anónima de 20 páginas, *Catecismos de Doctrina Cristiana e Historia Bíblica... para niños de tierna edad*, Tip. Victor Berdós y Feliz, Barcelona 1897; y el texto escolar de José Ildefonso Gatell, *Lecciones de historia bíblica, para los alumnos de uno y otro sexo de las escuelas de 1º y 2º enseñanza*, Hijos de J. Jepús impresores, Barcelona 1899. Las más conocidas “historias bíblicas” del siglo XIX en castellano son la de L. C. BUSIGGER, *Compendio de la historia bíblica o narraciones del Antiguo y Nuevo Testamento para el uso de las escuelas católicas*; traducida del alemán, cuidadosamente revisada por Isidro de la Fuente y Almazan, Benziger, Einsiedeln 1898; y la famosa obra del cardenal Ignacio Schuster, *Historia Bíblica: exposición documental fundada en las investigaciones científicas modernas*, traducido por el P. Jorge de Riezu de la octava edición alemana; refundida por J. SELBST, E. KALT (Y J. SCHÄFER), Litúrgica Española, Barcelona 1934-1935, 2 v.

Sea lo que fuere de este asunto, en su recuerdo permanece la experiencia del primer encuentro con las historias de la Biblia y con una serie de personajes, cuyos nombres aparecerán ya constantemente y con absoluta naturalidad en sus escritos:

Había una fantástica mata de viejo jazmín a la entrada del huerto. Dentro de ella, una gallina hacía su nidada y unos lagartos rojos, llamados allí liguanas, procreaban a su antojo; la mata era además escondedero de todos los juegos de albricias de las muchachas ... Una vez cerrada la Escuela, cuando la bulla de las niñas todavía llegaba del camino, yo me metía en esa oscuridad de la mata de jazmín, me entraba al enredo de hojarasca seca que nadie pudo nunca, y sacaba mi *Historia Bíblica* con aire furtivo de salvajita que se escapó de una mesa a leer en un matorral. Con el cuerpo doblado en siete dobleces, con la cara encima del libro, yo leía la Historia Santa en mi escondrijo de cinco a siete de la tarde, y parece que no leía más que eso, junto con Historia de Chile y Geografía del mundo...

Jacob, José, David, la madre de los Macabeos, Nabucodonosor, Salmanazar, Rebeca, Esther y Judith son criaturas que no se confundirían nunca en mí con los bultos literarios que vendrían después, que por ser auténticas personas no me dan en el paladar de la memoria el regusto de un Ulises o del retórico Cid, o de Mahoma, es decir, el sabor de papel impreso entintado. Tampoco se me juntarían mis héroes judíos con las fábulas literarias ni aun con otras leyendas sus hermanas. En mi alma de niña no contó Hércules como Goliat, ni la Bella del Monstruo como Raquel, ni más tarde Lohengrin se me hermanó con Elías. Hubo en mi seso una abeja enviada en cáliz abierto de rosa de Sarón, es decir, miel hebrea, y es que el patriarcalismo, siendo un clima humano, ha sido particularmente un clima de Sudamérica. Nada me costaba a mí, en el Valle cordillerano de Elquí, ver sentados o ver caminar, oír, comer y hablar a Abraham y a Jacob. Mis patriarcas se acomodaban perfectamente a las fincas del Valle; desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí, y se avenía con la índole de la nuestra, a la vez tierna y violenta, con el vigor de nuestro temperamento rural y por sobre todo con la humanidad que respira y traspira la gente del viejo Chile (*Antología* 579-80).

A la altura de 1938, cuando habla y escribe estas páginas, permanecen en su recuerdo las imágenes del Antiguo Testamento, que ella integró en su universo de niña y, más tarde, de mujer y de poeta con absoluta naturalidad. De aquí los nombres que cita: Jacob, José, David, la madre de los Macabeos, Nabucodonosor, Salmanazar, Rebeca, Esther y Judith, todos ellos personajes veterotestamentarios que, según he dicho, irán apareciendo con absoluta naturalidad en sus escritos, incluso donde menos se esperan. La comprensión de aquellos relatos bíblicos se ve facilitada, porque, a la altura de los inicios del siglo XX, la estructura social y humana en la que se mueve la niña Lucila en los pueblos del valle del Elqui tiene aún muchos rasgos comunes con la estructura básica de los relatos bíblicos: familia patriarcal, religiosidad sin problemas, paisaje con nombres propios, héroes locales, economía agrícola, sentido cercano y vivo de la naturaleza, contacto personal y lleno de naturalidad con las gentes con quienes se convive. Además, en el relato bíblico Gabriela confiesa haber encontrado también su dimensión espiritual, que complementa de modo admirable su modo de ser y de vivir en ese siglo y en su tierra chilena. Es lo que ella llama “el realismo sobrenaturalista”, que describe como “el Jehová o Dios Padre permeando la vida”:

Pero a mi chilenidad le faltaba una condición soberana del hebreo, la mayor y la mejor: el realismo sobrenaturalista, el Jehová o Dios Padre permeando la vida, desde la mesa hasta la vendimia, entreverándose con nuestros días, mota a mota, y siendo, en fin, el cielo de nuestro amparo. El chileno es racionalmente religioso; en su material de hombre no entra lo visionario ni lo turba mesianismo alguno; se nos trenza con el cantar a lo humano, el cantar a lo divino¹⁶. Y como yo necesité de este alimento, parece que apenas tuve uso de razón, y con la urgencia de un hambre verídica, de un apetito casi corporal, yo me buscaría esta enjundia en la Biblia y de ella comería toda la vida (*Antología* 580).

¹⁶ Se refiere a los “cantos a lo divino” en Chile, una de las riquezas de la cultura popular, especialmente en el campo; cf. M. SALINAS CAMPOS, *Canto a lo divino y religión popular en Chile hacia 1900*, Santiago, Lom ediciones 2005, 2ª ed. (tesis doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca 1991); M. JORDÁ SUREDA, *La Biblia del pueblo: en verso a lo divino y a lo humano*, Centro de Estudios de Cultura Tradicional, Santiago 2002.

Hay en esta afirmación, hecha cuando ya roza los cincuenta años y ha recorrido no pocas experiencias religiosas, un elemento característico de la espiritualidad de Gabriela Mistral y de su propia poesía: lo que ella llama, como acabo de notar, el realismo sobrenaturalista de un Dios que no está separado de las cosas humanas, sino que se entrelaza con nuestros días y nuestras cosas, que está también, por decirlo con expresión teresiana, “entre los pucheros”. Esta cercanía del Dios grande –eso es lo que parece ocultarse tras el nombre solemne de Jehová que aquí usa– repercutirá con frecuencia en su poesía, especialmente en su capacidad de ver la dimensión de lo divino en las cosas más sencillas y en los sentimientos y circunstancias personales. Aparece con mucha frecuencia en su primera poesía. Pero permanecerá siempre, incluso derivando a una dimensión espiritual de las cosas ordinarias, que quedan así transidas de una nueva dimensión, que las rescata de su vulgaridad aparente. Pongamos unos pocos ejemplos. Primero, de su inicial libro *Desolación*. La bella evocación que hace en tres sonetos de la figura bíblica de Rut, conjuga dos aspectos que se han subrayado en las palabras anteriores de Gabriela Mistral: la coincidencia de experiencias fundamentales entre la vida en el valle del Elqui y el ambiente rural patriarcal, evocado en libro tan bello como el bíblico dedicado a Rut; y la capacidad de descubrir la presencia del Dios grande en la naturaleza sencilla que le rodea. Todo ello aparece ya en el primer cuarteto del soneto inicial:

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino (*Antología* 12).

La experiencia, sin duda romántica, de un enamoramiento súbito, al cruzarse con alguien, que ni siquiera se digna devolverle la mirada, suscita en la protagonista del poema “El encuentro”, una clara sensación de dolor, al que no puede ser ajeno el Dios que todo lo llena:

Iba sola y no temía;
con hambre y sed y no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas (*Antología* 38).

Significativa también la glosa al Padrenuestro, con que comienza el “Nocturno” del mismo libro, donde cada una de las pequeñas cosas de la realidad cotidiana existen porque Dios se acordó de ellas, mientras parece haberse olvidado de la poeta que sufre:

Padre Nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
Llevo abierto también mi costado,
¿y no quieres mirar hacia mí?
Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir! (*Antología* 47).

Pero no sólo en este primer libro, donde su religiosidad católica se expresa aún con naturalidad y abundantemente. También en libros posteriores, aparece este rasgo característico del realismo sobrenaturalista. Así, en *Ternura*, al describir la bendición del hijo por su madre, comienza evocando el bautismo: “Benditos tus cinco siervos / que llaman cinco sentidos, / tu cabeza con bautismo y tus hombros con rocío”. Sigue después pidiendo la bendición para toda su vida, en la que Dios sigue presente: “Bendito de Dios galopes; / el mar navegues bendito...”; y se concluye con la bendición divina a la hora de la muerte: “Bendito vayas de muerto / y como el pez de tres abismos, / repechando las cascadas / de Padre, de Hijo y Espíritu” (*Antología* 151). Y, por concluir esta antología de urgencia, en el último libro publicado por ella, *Lagar*, aparece la misma manera de ver el mundo en su bello poema “Ceiba seca”, que tiene un cierto paralelismo con el “Olmo seco” de Antonio Machado. Tras hablar de la muerte de la Ceiba, árbol noble y sagrado que ella evoca a partir del que vio en la llanura del río Guayas en Ecuador, concluye el poema augurando la presencia del noble árbol en el paraíso celeste, su “Segunda Tierra”, con mayúsculas:

Parada junto a mi Madre
antes que las hachas lleguen,
mascullando un santo salmo,
tengo que entregarla al fuego,
al fuego rojo, al azul,
al amor llamado hoguera
que sube al Padre y la pone
sobre su Segunda Tierra (*Antología* 375).

Podríamos seguir aportando ejemplos, pero no es necesario. Sí conviene, sin embargo, detenerse un momento en la manera de nombrar al Dios de la Biblia, que Gabriela muestra en este texto. Ella lo designa como “Jehová”, palabra cuyo origen parece ser una lectura determinada del *tetragrammaton* hebreo YHWH, con que se designa de manera propia y concreta al Dios de Israel. Sin embargo, no solía designarse así a Dios ni en las historias sagradas católicas de la época, ni en las versiones en curso aprobadas de la Biblia, concretamente las de Scío y de Torres Amat. Sí era y hoy sigue siendo ésta la designación habitual del nombre propio de Dios en la versión de Reina-Valera, usada desde finales del siglo XIX entre los protestantes de lengua española. Ahora bien, tampoco puede decirse que el nombre no se usase nunca en el mundo católico. Scío y Torres Amat lo usan en las notas, y este último incluso en dos casos (Sal 82 (83), 19; Is 42, 8), bien que como palabra que explica la expresión “Señor” mediante su versión literal, “Jehovah”. Ello nos indica que la grafía “Jehová” o “Jehovah” era aceptada en la España del siglo XIX sin sospechas de ninguna clase. Lo mismo sucede en el caso de la versión de Tomás González Carvajal, un autor del primer tercio del siglo XIX, que ella conocerá algo después de este escrito¹⁷, y que traduce así Lam 1, 12 en su versión poética:

¹⁷ Entre los libros de Gabriela Mistral expuestos en el museo de su ciudad natal chilena, Vicuña, se encuentra la edición de los salmos de este autor, hecha en Argentina, *Los salmos del Rey David. Traducidos nuevamente al castellano en verso por Tomás González Carvajal* (1819); edición y noticia de Ricardo E. Molinari, Pleamar, Buenos Aires 1944.

Mirad y contemplad, oh caminantes,
si a la pena, en que yo gimo y suspiro,
hay penas en el mundo semejantes.
Como Jehová lo había decretado
en su furor, cual viña me ha asolado¹⁸ (VI, 4-6).

El hecho de que González Carvajal use Jehová en la versión poética y no en la versión en prosa puede sugerir que este nombre, al menos en gran parte del siglo XIX y comienzos del XX, tenía un cierto sabor arcaico, que sonaba bien en una versión poética, mientras que no era tan adecuado para una traducción en prosa, más orientada hacia la utilización del texto en la lectura espiritual o litúrgica. Es posible que ésta sea la última razón por la que nuestra poeta lo usa. En cualquier caso, como tendré ocasión de decir más adelante, no hace falta para explicar esta expresión en un escrito suyo de 1938, acudir a la hipótesis de que la conociera en una Biblia Reina-Valera, que por otra parte ella no menciona nunca y es difícil que utilizase.

La Biblia de la abuela Villanueva

En su interesante relato sobre el encuentro con el mundo bíblico, Gabriela Mistral llega ahora al libro mismo. No bastan los datos de una historia sagrada, por muy interesante que sea y bien hecha que esté. Lo que decididamente marcó su vida literaria, probablemente también toda su vida, fue el encuentro con la Biblia misma, la lectura directa del “libro” por excelencia. Y su primera y decisiva experiencia de ello la debe a su abuela paterna. Así lo cuenta ella en un relato, en el que se combinan datos concretos y reflexiones iluminadoras. La primera constatación es precisamente esa, que no basta conocer algunos relatos sacados de la Biblia; es preciso el contacto directo con el libro:

Para comenzar, yo había volteado y cogido arquetipos judíos en el texto

¹⁸T. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Los libros poéticos de la Santa Biblia. Tomo VI. Que contiene varios cánticos del Antiguo y Nuevo Testamento, como apéndice a los Salmos, con un índice de éstos, y los Trenos o Lamentaciones de Jeremías*, Benito Monfort, Valencia 1827, 4-6 (Trenos).

escolar que conté. Pero me los había dado en una versión harto convencional, y con un sabor desabrido. Y lo bíblico, relato o canto, hay que tocarlo directamente, aunque sea en las traducciones; hasta magullado el espíritu de la lengua hebrea asoma en ellas aquí y allá, como los músculos de un prisionero entre el rollo de las cadenas. Toda traducción es una especie de cuerpo cautivo, es decir, mártir, pero es preferible siempre la traducción a un arreglo escolar de los relatos (*Antología* 580).

Encontramos en este párrafo una cierta contradicción con lo que acaba de decir algo antes. El texto escolar que tanto la entusiasmaba, y que pobló su imaginación literaria con los primeros arquetipos bíblicos (ella dice “judíos”, quizá por tratarse de una conferencia en una “Sociedad Hebraica”), que le acompañarán toda la vida, resulta que le llegaba en una versión convencional y con sabor desabrido. Eran material de segunda mano, y ella necesitaba el original. “Lo bíblico hay que tocarlo directamente”, afirma con razón, aunque sea en traducciones. Añadiendo una interesante reflexión sobre la pervivencia de la singularidad bíblica, incluso tras las magulladuras de una versión que, como sucedía en el caso de la Biblia que ella leía, no estaba hecha directamente de las lenguas originales, sino del latín de la Vulgata. Pero lo más especial e importante que ella subraya en esta primera lectura (más bien escucha) directa de la Biblia es el contacto con lo lírico, que le llega a través de los salmos. Y aquí entra su abuela paterna:

Mi contacto con la lírica judía, que había de ser la lírica de mi nutrimento, lo hizo, cuando yo tenía 10 años, mi abuela, doña Isabel Villanueva.

Yo no sé por qué razón, a la altura de esos años de 1898, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia, y no sólo con Biblia leída, sino con texto sacro oral, aprendido de memoria en lonjas larguísimas. Pero a aquella curiosa mujer la llamaban los sacerdotes de la ciudad de La Serena “la teóloga” y tenía una pasión casi maniática de esa cosa grande que es la Teología, desdeñada hoy por la gente banal de nuestras pobres democracias (*Antología* 580-1).

Gabriela se extraña, con razón, de que su abuela paterna pudiese ser a la vez una católica de provincias, y una lectora convencida de la Biblia. En 1898 la Biblia no era libro habitual en las casas de los católicos. Es verdad, que a esas alturas existían ya versiones católicas completas de la Biblia en

lengua española. Especialmente prestigiadas eran la versión del escolapio Felipe Scío de San Miguel¹⁹ y la del sacerdote barcelonés, luego obispo de Astorga (León, España), Félix Torres Amat²⁰. La primera existía desde 1790, y tuvo hasta 1886 sesenta y dos ediciones. Aunque, después de esta fecha, a causa quizá de la crítica negativa que le hizo el polígrafo español de gran prestigio, Marcelino Menéndez Pelayo, sólo se hicieron seis más hasta la última de 1952²¹. Por otra parte, no es pensable que doña Isabel Villanueva, conocida y respetada por los sacerdotes de La Serena como “la teóloga”, pudiera usar una biblia de origen protestante. Entre otras cosas, porque la versión de Casiodoro de Reina de 1569, revisada y editada por Cipriano de Valera en 1802, y recuperada por los protestantes de lengua española a partir de 1862 mediante la modernización del lenguaje, prácticamente no pudo entrar en ese tiempo en Chile. La presencia del pastor bautista y educador escocés Diego (James) Thomson (1788-1854) en Chile, para promover la lectura de la Biblia, no está bien estudiada. Parece que fue invitado por Bernardo O’Higgins para fundar escuelas en Chile, y que llegó aquí en 1821. Se dice que el gobierno chileno le entregó la capilla de la Real Universidad de San Felipe, y que el Nuevo Testamento sirvió entonces como libro de estudio. Es posible. En cualquier caso, en esa fecha, sólo podrían haber utilizado alguna edición de la Biblia llevada a cabo por la Sociedad Bíblica Americana con el texto de la versión de Scío. Pero su presencia, que como máximo duró hasta mayo de 1822, no parece haber dejado demasiada huella, a pesar de que O’Higgins le habría concedido la ciudadanía chilena²².

¹⁹ *La Biblia Vulgata Latina traducida en Español y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y Expositores Cathólicos*, por el Padre Felipe Scío de San Miguel, Ex-Provincial de las Escuelas Pías, Preceptor del Príncipe nuestro Señor y de los Señores Infantes, y Confesor de la Princesa del Brasil Infanta de España. Dedicada al Rey Nuestro Señor Don Carlos IV. En la Oficina de Joseph y Tomás de Orga, Valencia 1790-93, fol. 10 v.; la segunda edición, que es la que se reproducirá ya siempre, es de Madrid 1794.

²⁰ *La Sagrada Biblia nuevamente traducida de la Vulgata latina al español*. Aclarado el sentido de algunos lugares con la luz que dan los testos originales hebreo y griego, e ilustrada con varias notas sacadas de los Santos Padres y Espositores sagrados. Por Don Félix Torres Amat, Dignidad de Sacrista de la Santa Iglesia de Barcelona, electo Obispo de la misma. De orden del Rey N.S., Leon Amarita, Madrid 1823-25, 8º, 8 v.

²¹ Para estos datos cf. J. P. BURGÚES, “La Biblia del P. Felipe Scío, primera edición católica de la Biblia en España (1790-1793)”, *Analecta Calasanciana* 58 (1987) 322-5.

²² Para estos datos, cf. A. CANCLINI, *Diego Thomson, apóstol de la enseñanza y distribución de la Biblia en América Latina y España*, Asociación Sociedad Bíblica Argentina, Buenos Aires 1987.

En consecuencia, la Biblia más probable de la abuela de Gabriela Mistral era alguna edición de la versión de Torres Amat. A mi juicio, la candidata con más probabilidades es la edición conjunta de París y México de 1854 en dos grandes volúmenes de 27 cm de alto cada uno, con bellas láminas francesas²³. No conozco ninguna edición católica de la Biblia de Torres Amat en el siglo XIX en un solo volumen. Esta me parece la más accesible, además de tener la peculiaridad de haber sido editada en París y México, lo que facilitaba su circulación por el continente americano. En consecuencia, los textos bíblicos que se reproduzcan de ahora en adelante serán los de la segunda edición de la Biblia de Torres Amat, que se repite en todas las posteriores²⁴.

Nos queda saber por qué doña Isabel Villanueva era tan asidua lectora de la Biblia, hecho tan raro en sus días y en su ambiente. Gabriela Mistral dice que “la pasión de leer textos bíblicos, había dado a esa abuela profundidad en el vivir y un fervor de zarzas ardiendo en el arenal de una raza nueva”. La imagen de las zarzas ardiendo evoca claramente la bíblica zarza en llamas de Moisés (cf. Ex 3). ¿Quiere aludir con ello a alguna relación entre su abuela y la raza judía? La misma Gabriela se refiere de pasada a ello en uno de sus cuadernos:

Mi abuela paterna era un ser inolvidable. Vivía en La Serena en una habitación cedida por unas monjas y en un curioso estado mental. No estaba loca; nunca le vi una violencia, pero deliraba constantemente. Yo iba a verla cada sábado. Me pedía, cada vez, que yo quisiese a mi padre “a pesar de todo” y me hacía repetir lo Salmos de mi *Padre David*. Fue

²³ *La Sagrada Biblia: traducida de la vulgata latina aclarado el sentido de algunos lugares con la luz que dan los textos originales hebreo y griego, e ilustrada con varias notas sacadas de los Santos Padres y expositores sagrados*, por Felix Torres Amat, Garnier hermanos, París; J. M. Andrade, México 1854, 2 v. (LXXIX + 773 y 809 p., con 40 láminas, 27 cm). Existen al menos media docena de ediciones de la Biblia de Torres Amat entre 1832, fecha de la segunda edición, y 1898, fecha del hecho que relata Gabriela Mistral, todas ellas con varios volúmenes y bastante caras; ninguna en un solo volumen; cf. J. Barrio Barrio, *Félix Torres Amat (1772-1847): un obispo reformador*, Iglesia Nacional Española, Roma 1976, 82-109.

²⁴ Nótese que Torres Amat traduce del latín de la Vulgata, como estaba entonces preceptuado. Por tanto, las citas de esta Biblia se corresponden con las de la Vulgata, cosa que ha de tenerse presente especialmente a la hora de consultar los salmos, cuya numeración no coincide con las de nuestras actuales Biblias, traducidas de las lenguas originales.

de ella de donde me vino el amor de la Biblia; no la habría yo tenido sin ella ...

... Benjamín Subercasaux²⁵ me ha hablado “cosas” de los Villanueva: él asegura que todos son de sangre judía. Mi abuela era una mujer muy blanca y rosada, de ojos azules²⁶.

Sea lo que fuere de este asunto, Gabriela recuerda que su madre le mandaba a ver a la vieja enferma, y ella “me ponía a sus pies en un banquito o escabel cuyo uso era sólo éste: allí se sentaba la niña de trenzas a oír los Salmos de David”:

La nieta comenzaba a recibir aquel chorro caliente de poesía, de entrañas despeñadas por el dolor de un reyezuelo de Israel, que se ha vuelto el dolor de un Rey del género humano. Yo oía la tirada de Salmos que a unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo, en locas aleluyas que no parecían saltar del mismo labio lleno de salmuera (*Antología* 581).

Junto con algunas figuras bíblicas, especialmente del Antiguo Testamento, los salmos son el otro punto focal de la Escritura para nuestra poeta. “Angustia aullada” y “locas aleluyas” de gran júbilo son su manera de definir cuanto los salmos le hacían sentir. Es verdad que esta descripción la hace ya quien es escritora hecha y derecha. Pero, como ella confiesa, también la niña de diez años que era comprendía a su manera los salmos de David –o entiende ahora que entonces los comprendía–, mientras los escuchaba y los repetía, esforzándose en decirlos al pie de la letra, sin ninguna variación, para lo cual se mostraba inflexible la abuela:

²⁵ Escritor e investigador chileno, 1902-1973.

²⁶ G. MISTRAL, *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo*. Edición de Jaime Quezada, Planeta Chilena, Santiago 2009, 18-9. El libro recoge prosas biográficas de la escritora; su contenido es sin duda muy interesante para conocerla, pero carece de referencias concretas. El editor, sin señalar nunca el contexto, toma textos de conferencias, cartas, escritos personales, etc., lo cual impide un juicio preciso sobre ellos. Sólo sitúa cada conjunto de textos entre unos años concretos, pero sin precisar fecha, ni indicar la fuente de donde procede cada pasaje. Este defecto hace imposible usar los textos de la obra de manera adecuada, con lo que disminuye mucho su valor y utilidad para cualquier estudio crítico.

Yo entendía bastante los Salmos Bíblicos, en relación con mis diez años, pero no creo que entendiese más de la mitad... Entendía yo, en todo caso, algunas cosas de bulto, por ejemplo, que un hombre maravilloso, mi héroe David, gritaba a todo lo ancho del grito su amor de Dios, como si estuviese voceando sobre el rostro mismo de lo Divino. Yo entendía que ese hombre le entregaba a Jehová sus empresas de cada día, pero también sus mínimos cuidados de la hora. Yo sabía que el hombre-David tomaba su licencia de Él, lo mismo que yo la de mi abuela, así para pelear como para alegrarse o tocar los instrumentos musicales.

Yo comprendía, con el mismo entender de hoy, que Aquel a Quien se hablaba rindiendo cuentas, a Quien se pedía la fuerza para andar y para resolver, y para capitanear hombres, era el tremendo y suave Dios Padre, el Dios de la nube rasgada, por donde Él veía vivir a su Israel. Yo entendía que la alabanza del Dios invisible que siendo “enorme y delicado”, pesa sin pesar sobre cada cosa, era una obligación de loor ligada al hecho de ser hombre, de decir palabra en vez de dar vagido animal, y que cantarlo era el oficio de aquel David que se llamaba Músico y que daba al Señor el nombre de Mayor. Muchas cosas más entendía, pero las que cuento eran las mayores, y yo creo que ellas fundaban mi alma, me tejían, me calentaban los miembros primerizos de la víscera sobrenatural (*Antología* 581-2).

Vocear sobre el rostro mismo de Dios, entregar a Dios las empresas de cada día, ofrecerle los mínimos cuidados de cada hora, pedirle licencia para pelear, para alegrarse, para tocar instrumentos musicales. Son imágenes que nos llevan a textos sálmicos, a poco que nos pongamos a buscarlas. En efecto, si espigamos en la misma Biblia que probablemente escuchó de pequeña Gabriela –y la que seguramente leyó después–, encontramos enseguida, como era de esperar, apelaciones al rostro de Dios y salmos que nos invitan a dar voces al Señor:

¿Hasta cuándo, Señor, me has de tener en profundo olvido?
¿Hasta cuándo apartarás de mí tu rostro? (Sal 12 (13),1).

Atiende, oh Señor, a mi justicia, acoge mis plegarias,
Presta oídos a mi oración, que no la pronuncie con labios hipócritas;
salga de tu benigno rostro mi sentencia,

miren tus ojos la justicia de mi causa
... Yo he clamado a ti, Dios mío,
porque siempre me has oído benigneamente (Sal 16 (17), 1-2. 6)

Moradores todos de la tierra, dirigid a Dios voces de júbilo,
cantad Salmos a su Nombre, tributadle gloriosas alabanzas.
... imitando las mismas voces de cielo y tierra, que dan gloria Dios (Sal 65 (66), 1-2).

Los cielos publican la gloria de Dios
y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos;
cada día transmite con abundancia al siguiente día estas voces o anuncios
y la una noche las comunica a la otra noche (Sal 18 (19), 2-3).

Igualmente, abundan en los salmos voces que se dirigen confiada e insistentemente a Dios para pedir auxilio. Casi a cada página tropezamos con expresiones equivalentes:

Señor, Dios de mi salud,
día y noche estoy clamando en tu presencia
... da oídos a mi súplica (Sal 87 (88), 2-3).

Escucha, oh Señor, benigneamente mis ruegos
y lleguen hasta ti mis clamores.
No apartes de mí tu rostro... (Sal 101 (102), 2-3).

No sólo voces de súplica, también de alegría, invitando a cantar a Dios y alabarle con instrumentos musicales:

Aleluya. Alabad al Señor, porque es tan bueno
porque hace brillar eternamente su misericordia
... Voces de júbilo y de salvación
son las que se oyen en las moradas de los justos (Sal 117 (118), 1.15).

Aleluya. Alabad al Señor e invocad su nombre
... entonadle himnos al son de músicos instrumentos,
referid todas sus maravillas (Sal 104 (105), 1-2).

Aleluya. Alabad al Señor que reside en su celestial Santuario,
 alabadle sentado en el firmamento o trono de su poder;
 ... alabadle con panderos y armoniosos conciertos,
 alabadle con instrumentos músicos de cuerda y de viento (Sal 150, 1.4).

No es necesario aumentar más los ejemplos. Pero sí es interesante recoger un pequeño detalle. En la introducción a los salmos de la Biblia de Torres Amat se recuerdan algunas bellas palabras de san Agustín, que sin duda también escuchó –y más tarde seguramente leyó– Gabriela Mistral, y que parecen estar detrás de las que ella acaba de escribir. Para leer con fruto los Salmos, dice el mismo santo Padre y recuerda el traductor, es necesario procurar revestirse de los sentimientos y afectos del Real Profeta: “Si el Salmo gime, gime tú también con él: si el Salmo entona las alabanzas de Dios, cántalas tú también”. Y se refieren las palabras con que san Agustín cuenta lo que le sucedía, cuando, todavía catecúmeno, se preparaba para recibir el bautismo:

¡Oh, y qué voces, dice, alzaba hacia ti, oh Dios mio, al leer los Salmos de David, aquellos cánticos que tan fielmente expresan la verdadera piedad, y arrojan del corazón toda suerte de orgullo! ¡Qué expresiones te dirigía yo a ti, oh Dios, con aquellos Salmos!²⁷

En cuanto a designar David a Dios como “Mayor”, Gabriela está aquí haciendo ya una trasposición de lenguaje. En un primer momento, parece que podría referirse al mayoral o jefe de los pastores, en cuyo caso tendríamos un eco del salmo 22 (23), cuyo comienzo en Torres Amat suena así: “El Señor me pastorea, nada me faltará”; o del salmo 79 (80), cuyo inicio es: “Escucha, oh tú, pastor de Israel, tú que apacientas el pueblo de Joseph como a ovejas”. Pero puede también referirse Gabriela a Dios como capitán de los ejércitos, según uso anticuado que testimonia el DRAE, ed. 22^a, en la acepción novena de esta palabra: “Caudillo, capitán, jefe de guerra. Se usa todavía en algunos ejércitos como denominación de empleo equivalente al

²⁷ Los textos están tomados de la segunda edición de *La Sagrada Biblia nuevamente traducida de la Vulgata latina al español*, por el Ilustrísimo Don Félix Torres Amat. Tomo III del Antiguo Testamento, Madrid 1834; el texto de San Agustín es de *Confesiones* IX, 4, en la traducción de Torres Amat, p. 3.

de comandante”. Ahora bien, no conozco ninguna versión bíblica castellana de la época en que se utilice la palabra “Mayor”, para designar al pastor principal, rabadán o mayoral, o a Dios como Señor de los ejércitos. Ni Scío, ni Torres Amat, ni la versión posterior de Reina-Valera en su revisión de 1909 usan la palabra como sustantivo en Salmos y en el NT. Se trata, pues, de una “traducción” mistraliana, como tantas otras de la Biblia. Respondería bien a salmos como el 67 (68), en que se describe a Dios como el general de los ejércitos de Israel, una de las pocas veces, por cierto, en que Torres Amat usa la palabra Jehová para describir al Dios de Israel:

Levántese Dios y sean disipados sus enemigos,
y huyan de su presencia los que le aborrecen.
... Cantad himnos a Dios,
entonad Salmos a su nombre;
allanad el camino al que sube sobre el Occidente.
El Señor, esto es, Jehovah, es el nombre suyo.
... Oh Dios, cuando tú salías al frente de tu pueblo,
cuando atravesabas el desierto,
la tierra tembló y hasta los cielos destilaron
a la presencia de Dios... (Sal 67 (68), 2.5.8)

Igual podríamos decir con las expresiones del Dios “enorme y delicado”, dos palabras que Gabriela entrecomilla aunque no son propiamente de la Biblia de su tiempo, que sí habla sin embargo del Dios grande (p. ej. Sal 94 (95),3), y del Dios pastor que conduce con delicadeza a sus ovejas a los mejores pastos y a las más frescas aguas, y al que se puede solicitar siempre su presencia, como acabo de indicar:

El Señor me pastorea, nada me faltará
El me ha colocado en lugar de pastos
me ha conducido junto a unas aguas que restauran y recrean;
... tu vara y tu báculo han sido mi consuelo,
... y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida (Sal 22 (23),
1.2.4.6).

Escucha, oh tú, Pastor de Israel,
tú que apacientas el pueblo de Joseph como a ovejas,

tú que estás sentado sobre Querubines,
manifiéstate (Sal 79 (80), 2).

Nada tiene de particular que nuestra escritora, después de recordar estas expresiones y experiencias sálmicas, pasadas naturalmente por su peculiar y rico vocabulario, nos diga que ellas ponían fundamento a su alma, la entretejían interiormente y le “calentaban los miembros primerizos de la víscera sobrenatural”. Como diré después, y como puede observarse leyendo cualquier parte de su obra poética, este fundamento bíblico, este entretejido y el calor de que habla permanecerán siempre a lo largo de su vida, independientemente de las diversas y variadas situaciones religiosas y humanas por las que transitó a lo largo de su vida. En este sentido es sincera su confesión al concluir el relato del encuentro con su abuela bíblica, que daba a aquella niñita un alimento aparentemente demasiado indigesto y duro para su edad:

¿Por qué le echaba ese pasto tan duro de majar y tan salido de tiempo y lugar, esa cadena de salmos penitenciales y de salmos cantos jubilares? Nunca yo me lo he podido comprender, y me lo dejó en misterio porque me echó al regazo de la infancia el misterio y no lo he tirado como tantos y hasta me he doblado los misterios que recogí entonces, por voluntad de guardar en mí la reverencia, el amor de índole reverencial, la adoración ciega, porque ciega es siempre, de lo Divino.

Mi abuela pasó por mi vida parece que sólo para cumplir este menester de proveerme de Biblia, en país sin Biblia popular, de ponerme esta narigada de sal no marítima, sino de sal gema que fortifica y quema a la vez, a mitad de la lengua.

...Las únicas estampas que yo le guardo son estas de su cara bajada a mí y mi cuello subido a ella en su porfía para hacer correr de mi seso a mis tuétanos, los Salmos de su pasión.

... El Dios Padre que ella me enseñó, la tenga en su cielo fuerte que no se ralea de vejez. El le haya dado la dicha que aquí no probó ni en una dedada de miel cananea (*Antología* 582-3).

Gabriela Mistral es claramente consciente de la excepcionalidad del encuentro con su abuela paterna. Sabe muy bien que en Chile, como en todas las tierras de lengua hispana en este tiempo, no hay Biblia popular, es decir,

no es habitual ni la posesión, ni la lectura de la Biblia, aunque se conozca la historia sagrada. Es verdad que en los años finales del siglo XVIII español y en el primer tercio del siglo XIX, como fruto de la Ilustración católica, se han multiplicado las versiones bíblicas, e incluso existen, como he dicho antes, dos versiones completas de la Biblia. Pero ninguna de ellas llegó de manera abundante al pueblo fiel. Como he escrito en otra parte, las observaciones de G. Borrow sobre el desconocimiento de la Biblia entre los católicos españoles en los años treinta del siglo XVIII, y las quejas por lo mismo, incluso entre los clérigos diocesanos, de que se hace eco por las mismas fechas un obispo bíblico como es Félix Torres Amat, son testimonios de que no se leía habitualmente la Biblia. Más aún, de que no se sentía necesidad de ello, e incluso algunas autoridades eclesiásticas lo consideraban innecesario y quizás nocivo para la mayoría del pueblo cristiano²⁸. En un sencillo texto posterior a esta conferencia, escrito entre los años 1946-47, Gabriela retoma este mismo asunto y resume, casi con el mismo lenguaje, su experiencia con la Biblia de la abuela Villanueva y con los salmos:

Tardé bastante en descubrir, sola y sin brazo de llevarme, a los clásicos. Antes de entrar en ellos en pleno, tuve la Biblia, en cuanto a la lectura “que hace entrañas”, y el llegar a ella en tiempo de católicos anti-bíblicos, me vino de una abuela maravillosa a quien oí los Salmos en un reguero inacabable. No lo entendía de su boca y a la vez me fascinaban. Debo al libro plural el gusto del vocablo común y viviente, vulgar y cabal por su desnudez. Espero acabarme cogida a este verbo como una hierba brava. Creo que no me costó ni grande ni pequeño esfuerzo asimilar-me a esta lectura tan jadeada para los jóvenes de hoy. La naturaleza del Valle donde me había criado era naturalmente enfática y el énfasis interno del Antiguo Testamento no tuvo conmigo ningún choque ni lo tiene hasta hoy. En cuanto al Nuevo, éste me costaría más, tal vez por

²⁸ Cf. G. BORROW, *La Biblia en España o viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*, Cid, Madrid 1967; F. TORRES AMAT, *Exhortación del Obispo de Astorga al Clero y Pueblo de su Diócesis (sic) a que lean con viva fe y humildad de corazón las Santas Escrituras, según nuestra madre la Iglesia, para preservarse de la impiedad y de la superstición*, Fuentenebro, Madrid 1835; sobre esto cf. J. M. SÁNCHEZ CARO, *La aventura de leer la Biblia en España*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2000, 45-52; Id., *Biblia e Ilustración. Las versiones castellanas de la Biblia en el Siglo de las Luces*, UPSA, Salamanca 2012.

ser de un sublime manso y divinamente abajado hasta la talla y la boca de los hombres²⁹

Tanto en este recuerdo, como en el texto de la conferencia que es nuestro principal testimonio en este asunto, la confesión que hace la escritora es de gran interés. Ella ha percibido la importancia del encuentro con la Biblia, tanto desde el punto de vista personal y religioso, como desde el punto de vista literario, que ya sugiere en el último escrito y ampliará después como última parte de su conferencia en Buenos Aires. Hasta tal punto lo considera así, que reconoce que su “abuela maravillosa”, que “no ayudó a mi madre en ningún cuidado material de su carne chiquita”, que “no me cuidó ni sarampión, ni difteria”, que “no me vio ser maestra de escuela ni llegaron nunca mis pobres versos a sus ojos rendidos de aguja y Biblia”, parece como si hubiera existido para ella sólo en razón de este encuentro. Un encuentro que se describe con la imagen de la sal gema, más fuerte y quemante según Gabriela que la sal marítima, aunque en realidad sean químicamente la misma cosa. La importancia del encuentro y su intensidad y eficacia hallan perfecta confirmación en la bella plegaria por la abuela con que cierra el relato de esta importante experiencia en su vida. Una plegaria que evoca la infelicidad humana de esta mujer (engañada por el marido, dejada sola por sus hijas), a la que se desea por fin la felicidad plena con puro lenguaje mistraliano, transido plenamente de Biblia, no sé si con reflexión o, lo más seguro, de forma espontánea y natural:

El Dios Padre que ella me enseñó, la tenga en su cielo fuerte que no se ralea de vejez. El le haya dado la dicha que aquí no probó ni en una dedada de miel cananea.

El Dios Padre que la abuela le hizo presente nos recuerda las palabras con que Jesús se dirige a Dios, especialmente en el sermón de la montaña (Mt 6, 1-18); el cielo fuerte que no envejece ni se ralea alude claramente a Mt 6, 20: “Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben” (Torres Amat); la dicha que en la tierra no probó y que

²⁹ *Bendita mi lengua sea*, 249. En el mismo escrito recuerda que su mejor tiempo de lectura fue entre los 17 y los 25 años, y califica a la Biblia como “mi libro formativo”.

para ella pide a Dios Padre nos recuerda la famosa parábola del rico y el pobre Lázaro, con su contraste de castigo y premio en la otra vida (Lc 16, 19-31); la dedada de miel cananea, a la que ya ha aludido al comienzo de la conferencia, pero mencionada como “miel hebrea”, nos trae al recuerdo la descripción que se hace en no pocos libros bíblicos de la tierra de Canaán, “tierra que mana leche y miel” (Ex 3, 8.17; Dt 26, 9.15; ...). En fin, una bella plegaria bíblica llena de sentido y agradecimiento en favor de quien le abrió al misterio y belleza de la Escritura y se lo echó todo entero en su regazo de niñita con trenzas, un misterio que acogió para siempre y que ya jamás abandonaría, ni en su lengua ni en su vida.

Lectura bíblica consciente

La interesante conferencia, a la vez confesión escrita de su íntima experiencia vital al entrar en contacto con la Biblia, no termina tras narrar el doble primer encuentro con el mundo de la Biblia. Gabriela Mistral evoca a continuación lo que el libro significó para ella en los años de su primera y segunda juventud. Lo hace de manera rápida y a grandes trazos, como si no quisiera entrar en detalles de un tiempo que ahora, cuando habla y escribe, juzga de modo no excesivamente benigno. Sus palabras son, sin embargo, extremadamente reveladoras, porque nos descubren un ángulo de su vida, que es decisivo para entender muchos de sus escritos y algo de la complejidad de su persona:

Tiempo después, entre los 15 y los 20 años, y sobre contarlos, porque es la aventura de cualquier sudamericano, les digo que anduve haciendo sesguezos estúpidos y dándome tumbos vergonzosos con lecturas ínfimas, del cinco al diez, con novela y verso que eran insensateces de hospicio.

Todo ese vagabundeo entre plebes verbales y escrituras, paupérrimas, toda esa larga distracción, no importaban mucho, nada es muy grave cuando la banalidad manosea sólo en nuestros forros y no llegan a la semilla del ser, a hincarse allí por mondarla y tirarla al basurero. La Biblia había pasado por mí y su gran aliento recorría visible o invisiblemente mis huesos, atajada en el punto tal por la torpeza, estorbada más allá por la falta de medio concordante con ella; pero no se había ido de mí, como sale y se pierde nuestro hálito; precisamente a causa de

que su naturaleza es la de no irse, cuando se la absorbió en la infancia y su virtud es la de calar en el hombre y no cubrir sólo de cierto yeso su periferia.

Entre los 23 y los 35 años, yo me releí la Biblia, muchas veces, pero bastante mediatizada con textos religiosos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre. Devoraba yo el budismo a grandes sorbos; lo aspiraba con la misma avidez que el viento en mi montaña andina de esos años. Eso era para mí el budismo, un aire de filo helado que a la vez me excitaba y me enfriaba la vida interna; pero al regresar, después de semanas de dieta budista a mi vieja Biblia de tapas resobadas, yo tenía que reconocer que en ella estaba, no más que en ella, el suelo seguro de mis pies de mujer.

Ella volvía a cubrir siempre con esa anchura que tiene de tapiz tremendo de voces, los tratos y manejos infieles ensayados con lo Divino, ella, a la larga, ganaba en esa pelea de textos orientales que se disputaban mi alma en una lucha absurda, como el de un petrel del aire con el puma de mi quebrada chilena (Antología 583-4).

Dos son las etapas de su vida por las que aquí se desliza velozmente la escritora: la primera juventud y la juventud madura. Sabemos que en 1905, a los quince años empieza a trabajar, ejerciendo una ayudantía en la Escuela Primaria de Compañía Baja, un pueblecito rural próximo a La Serena, perteneciente entonces a la provincia de Coquimbo. Es su primera experiencia docente directa, ella que casi ha vivido toda su niñez en la escuela, acompañando a su hermanastra Ermelina en la escuela de La Unión, hoy Pisco Elqui. La publicación por Sergio Fernández Larraín de unas cartas de amor de nuestra escritora en ese tiempo, nos descubre que tuvo entonces un primer amor romántico y platónico con un hacendado de cuarenta años, Alfredo Videla Pineda, que no fue sin embargo a más³⁰. Al año siguiente, en 1906, pasa a la escuela de La Canterana, otro pueblo de la provincia de Coquimbo, en calidad de profesora primaria. Aquí, a los 17 años, conoce a Romelio Ureta, empleado de Ferrocarriles, quien fue el amor de su vida, según se dice. Aunque quizá no lo fuese tanto, no cabe duda que está en el origen de la vida literaria de Gabriela. En efecto, Romelio, después de se-

³⁰ Para todo este tiempo, cf. *Cartas de amor de Gabriela Mistral*. Introducción, Recopilación, Iconografía y Notas de Sergio Fernández Larraín. Andrés Bello, Santiago de Chile 1978.

pararse de la maestría, en 1909 estaba a punto de casarse con Clementina Herrera, distinguida dama nortina, cuando, probablemente a causa de un dinero que sustrajo del ferrocarril y no pudo reponer, el 25 de noviembre de ese año se suicidó en Coquimbo a los 26 años de edad. “Los Sonetos de la muerte”, dados a conocer en 1914 y nacidos sin duda de ese hecho y de la vivencia que de él tuvo Gabriela, le catapultaron al oficio de escritora. Pero, hasta llegar a esa fecha, Lucila Godoy sigue ejerciendo como maestra. Escribe sus primeros poemas y prosas en periódicos locales como “La Voz de Elqui” y “La Reforma”. Incluso en 1908 figura en la antología “Literatura Coquimbana” de L. Carlos Soto Ayala. Cuando en 1909 se suicida su antiguo novio Romelio Ureta, ella es ya inspectora en el Liceo de Señoritas de La Serena, aunque tiene que examinarse al año siguiente en la Escuela Normal de Santiago, para convalidar los estudios y conocimientos, adquiridos durante su práctica escolar. Conseguido el título de maestra, ejerce en varias escuelas: en Barrancas, al norte de Santiago; en Traiguén, en plena Araucanía, y de allí al norte del país, en Antofagasta, donde es Profesora de Historia e Inspectora General.

Este etapa de su vida la describe Gabriela como tiempo en el que “anduve haciendo sesguelos estúpidos y dándome tumbos vergonzosos con lecturas ínfimas, del cinco al diez, con novela y verso que eran insensateces de hospicio”; tiempo de “vagabundeo entre plebes verbales y escrituras paupérrimas”. Gabriela, probablemente, paga aquí la inevitable cuota que a todos nos impone el descubrir nuestro propio Mediterráneo. Es momento de leer, de buscar modos y maneras de escribir, de bucear entre el mundo literario, todavía pequeño, del ámbito en que se mueve. Ella afirma que todo ese vagabundeo no caló en su corazón, se quedó en la superficie. Y lo atribuye a que “la Biblia había pasado por mí y su gran aliento recorría visible o invisiblemente mis huesos”. Es verdad que algunos aspectos de su estilo de vida, y que algunas de sus lecturas estorbaban la acción de aquel fermento primero en ella, pero a pesar de todo, el espíritu que le contagió su contacto con la Biblia no se fue de ella, porque, absorbido en la infancia, había calado en su propia humanidad. Pienso que esta bella e interesante confesión, en la que además afirma un principio pedagógico para ella muy querido –lo que se absorbe en la infancia cala hondamente en todo ser humano– refleja no sólo sus reacciones literarias, de las que enseguida va a hablar, sino también la adquisición de un conjunto de valores, que

la mantuvo firme ante los intentos de seducción de Alfredo Videla, como ha puesto de relieve Fernández Larraín, y ante las dificultades reales para acceder legalmente a la profesión docente, dificultades que más adelante impulsarán su marcha de Chile.

Pero la segunda etapa de esta juventud es todavía más compleja. Si en la primera descubre las dificultades para abrirse camino en la profesión docente, dificultades que ella expresa bellamente en su inolvidable poema “La maestra rural”, y las dificultades para encontrar el camino personal en el complejo terreno del amor y el sentimiento, en la segunda se añadirá la difícil y dramática búsqueda religiosa, espiritual e ideológica, venga de donde viniere, que pueda responder a sus inquietudes y desvelos. Desde el punto de vista de su itinerario profesional, en 1912, con 23 años, Gabriela es ya profesora de lengua castellana en el Liceo de los Andes, cerca de Valparaíso y de Santiago, la capital. Y en diciembre de 1914 obtiene la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Santiago, con “Los Sonetos de la muerte”. A partir de este momento usará siempre el seudónimo “Gabriela Mistral”, que se convertirá en su verdadero nombre, y sostendrá una larga correspondencia amorosa con el escritor Manuel Magallanes Moure, que formaba parte del tribunal de los Juegos Florales que le otorgó el premio³¹. Es de este tiempo, del que escribe: “Entre los 23 y los 25 años, yo me releí la Biblia muchas veces, pero bastante mediatizada con textos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre”. Sabemos por ella misma que “devoraba ... el budismo a grandes sorbos”. Sabemos también que en 1912 pertenecía a la logia teosófica “Destellos”. Algo de esto nos cuenta ella misma en otra ocasión:

Por ahí a los veinte años me di un chapuzón de Ciencia. Leí cuanto libro de divulgación científica cayó en mis manos, esperando que la Física me diera atisbos de lo divino. No me los daba la religión católica, o no parecía poder dármelos según la hondura y amplitud que le requería. Y cuando la Ciencia me falló en la medida de sus límites, y de los míos, me fui a buscar vistas mayores en la Teosofía y en el Budismo, que aún me rondan como las águilas a la torre³².

³¹ Cf. de nuevo *Cartas de amor de Gabriela Mistral*, 1978.

³² *Bendita mi lengua sea* 29.

A uno le hubiera gustado saber de dónde provienen estas palabras, en qué tiempo están escritas, a quién van dirigidas. La bella e interesante antología de Jaime Quezada nada nos dice de ello. En cualquier caso, es claro que, como en el caso de la conferencia sobre sus raíces bíblicas, Gabriela está mirando su vida ya desde cierta distancia. Nos cuenta su itinerario de búsqueda, casi agustiniano. Primero la indagación con la ciencia como guía; luego la búsqueda del misterio de la mano de la teosofía; después las rutas del budismo, que vuelve a describir un poco más adelante con la imagen del hielo como “rutas lunares ... reseca y heladas”. Causa una cierta tristeza que los representantes de la Iglesia católica en aquel momento no hayan sido lo suficientemente finos como para entender a esta mujer de fe “no todo lo ortodoxa que quisieran mis amigos sacerdotes y mis amigas beatas”, pero de profunda y sincera búsqueda de Dios, que cierra esta desgarrada confesión con unas palabras inolvidables... y bíblicas: “Gimiendo en la sombra he buscado a Dios y lo seguiré buscando hasta cogerle el borde de la túnica”³³. Una expresión que ella trae de su memoria bíblica, poniéndose en el lugar de la mujer enferma de flujo de sangre, con suficiente fe, como para creer que tocando el borde de la túnica de Jesús, habría de quedar curada (Mt 9, 21-22 ; Mc 5, 25-34; Lc 8, 43-48).

No es la única vez que habla de su crisis con la Iglesia católica y sus ires y venires con el budismo. Con ocasión de la muerte de su madre, en 1929, sufre una profunda crisis emocional y a la vez religiosa. Ella confiesa en un escrito de 1932, que durante mucho tiempo su mundo “fue un derrumbe casi de oír y en el que nada quedó sin cuarteadura”. Es en ese momento cuando siente dificultades para mantenerse como católica y vuelve a refugiarse en el budismo, ante la incapacidad de colocar a su madre en ningún lugar de los que le ofrecía la fe cristiana. Y afirma: “Es imposible que yo viva atea y me puse a buscar sustitución de fe. Solita me volvió, como el halcón fiel, el budismo a la mano y a las entrañas”³⁴. Las experiencias de fe y la relación de Gabriela Mistral con la religión católica ya he dicho que son complejas y de ninguna manera pueden sacarse consecuencias de sus confesiones sueltas. A falta de un estudio más completo y riguroso, puede decirse que ella acomodó la figura de Jesús, el mundo bíblico y ciertas doctrinas y experiencias

³³ Este texto y todas las referencias anteriores en *Bendita mi lengua sea*, 29-30.

³⁴ *Bendita mi lengua sea*, 158-61.

budistas en su propio mundo espiritual³⁵. Y que no acabó de entenderse con la Iglesia oficial de su tiempo. No obstante, la fuerza de la Biblia, especialmente de las figuras del Antiguo Testamento, y la fascinación por Jesús nunca desaparecerán de su corazón. Como tampoco su continua búsqueda de Dios. Bellamente lo describe ella misma, ya cuando era maestra en Los Andes (1912-1918) y, entre sus lecturas, descubre a santa Teresa de Jesús. Será una de las grandes influencias en su estilo literario y en su aprecio de mujer. El gran mérito de la santa de Ávila, afirma, fue escribir poniendo el cielo “en notas; en palabras, no cabe, las rebasa”. Y haber recuperado “la escala de Jacob que deja subir las almas por ella, desprendiéndolas de la atolladura del cieno”. Y concluye este breve elogio sin elogiar, pidiendo para ella misma esa escala: “A mí me den esa escalera, que estoy pronta, aunque no sea digna. Lo merezco sólo porque, como Pascal, voy buscando a Dios con mis gemidos”³⁶.

Volviendo a los datos de la conferencia mistraliana, es difícil saber qué significa ese “yo me releí la Biblia, muchas veces”. En mi opinión, después de releer yo también varias veces las principales obras publicadas de la escritora, parece que su lectura se concentró en la parte histórica y narrativa del Antiguo Testamento, en los salmos y en los evangelios. Las referencias a los profetas, aparte alguna que otra genérica a Isaías y a Jeremías, no abundan. Algo parecido sucede con los escritos sapienciales, donde le llama casi únicamente la atención el libro del viejo inconformista Eclesiastés y la figura de Job. Sin embargo las figuras patriarcales y las grandes mujeres bíblicas del Antiguo Testamento están siempre en la punta de su pluma. De Pablo, también encontramos sólo referencias genéricas, y prácticamente nada del resto del Nuevo Testamento, que resultaba literariamente menos estimulante para ella y más difícil de acoger. Por otra parte, la referencia a “mi vieja Biblia de tapas resobadas” parece indicar que se trata de un libro frecuentado habitualmente y en un tomo. Norberto Pinilla, en su breve bio-

³⁵ En uno de sus escritos ya mencionados, retrata bien este sincretismo: “Mi fe no es todo lo ortodoxa que quisieran mis amigos sacerdotes y mis amigas beatas. Lanzo lejos el karma y años después lo recojo. India por la sangre paterna, vasca por la materna, amaso el maíz con el trigo, lo mágico con lo revelado, el Asia trasvasada a la América con la Europa trasvasada también a la América, y vivo y padezco en mí la bigamia mental, el sincretismo mestizo de los indios mayas que vi en Chichicastenango...”, *Bendita mi lengua sea*, 29-30.

³⁶ *Bendita mi lengua sea*, 72.

grafía de Gabriela Mistral, cuenta que Gabriela obsequió su Biblia personal con un poema y firma autógrafos del año 1919 a la Biblioteca del Liceo de Niñas n° 6 de Santiago de Chile³⁷. Con las bellas y significativas palabras del poema cerraré más adelante este trabajo. Ahora lo que nos interesa es que, si se localizase este libro, podríamos saber con exactitud cuál era la Biblia “de tapas resobadas” que ella leía. En mi visita al bello museo de Gabriela Mistral en Vicuña he encontrado expuestos entre sus libros muchos escritos budistas y teosóficos. Pero ninguna Biblia completa en castellano. Apenas la edición de los Salmos de Tomás González Carvajal hecha en Buenos Aires por Molinari, de la que he hablado y que le regalaron en la Navidad de 1954, y unos evangelios editados en México en 1925. Sí, hay también una Biblia completa, pero... en inglés³⁸. Son tres libros que nada especial nos dicen. El primero, apenas si pudo influir en sus escritos, por haber llegado a sus manos muy tarde. Del ejemplar de los Evangelios, un libro que según el sello en portada pertenecía a alguna biblioteca pública mexicana, no he podido averiguar qué versión contiene, al no haber tenido ocasión de examinar de cerca el ejemplar. La Biblia en inglés, una versión norteamericana de la Sociedad Bíblica Americana, no creo que fuese su lectura preferida. Por tanto, seguimos sin conocer qué versión castellana de la Biblia usó Gabriela Mistral, aunque me inclino por la más popular entonces, la de Torres Amat, esta vez en alguna edición de un solo ejemplar. Sin embargo, no conozco ninguna edición de este tipo anterior a 1920. Por ello, en este caso, no sería imposible que Gabriela hubiera usado algún ejemplar en un tomo de la Biblia Reina-Valera en su revisión de 1909, la más usada por los cristianos protestantes de lengua española hasta la revisión de 1960. Pero ello sólo podría decidirse, como acabo de decir, consultando precisamente la Biblia que regaló al centro escolar de Santiago, al que me he referido.

³⁷ N. PINILLA, *Biografía de Gabriela Mistral*, Tegualda, Santiago de Chile 1946, 65-66.

³⁸ T. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Los Salmos del Rey David*, nota 15; ID, *Evangelios*, Universidad Nacional de México, México 1923; *Holy Bible containing the Old and New Testaments*, American Bible Society, Nueva York 1918. Debo estos datos a la gentileza de la Dirección del Museo Gabriela Mistral de Vicuña, a la que agradezco su atención.

Qué debe Gabriela a la Biblia

¿Qué debe Gabriela Mistral a la Biblia? No es fácil decirlo. Ella misma se ha hecho esta pregunta más de una vez y ha ensayado algunas respuestas. Al evocar más tarde su primer encuentro con la Biblia, escuchando los salmos que pausadamente le recitaba la abuela Villanueva, ella calificará su lectura como una la lectura “que hace entrañas”, según ya hemos visto. Algo parecido dice en las palabras de su conferencia a la Sociedad Hebraica de Buenos Aires:

Yo no sabría decir cuánto le debo a ella, a mi Madre verbal, a la enderezadora de mi lacidad criolla y a la castigadora de mis renunciadas budistas.

El trato con ciertos libros, pero sobre todo con la Santa Biblia, es intimidad pura y no se puede escarmentarla sin que ella sufra en esta operación verbal lo que una entraña expuesta se dolería en el aire (*Antología* 584).

En el primer párrafo se describe el doble efecto de la lectura de la Biblia en ella. El primero es el de ser su “Madre verbal”, corregidora de su dejadez –“lacidad” dice ella con un neologismo significativo– criolla en el lenguaje. El segundo es el de haberla descubierto lo que antes ha llamado “realismo sobrenatural”, que le ha proporcionado una recia consistencia humana y espiritual, además de corregir y caldear constantemente sus entrañas, heladas por el viento cortante del puro espiritualismo budista. De hecho, en su primera etapa escolar la escritora que es a la vez maestra recomienda, entre otros libros que han de leerse en la escuela, la lectura de la Biblia, superando prejuicios antirreligiosos, que considera ridículos. Y lo hace apoyándose en los efectos de su lectura, que ella sin duda ha experimentado previamente:

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de mano la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca.

Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desdeños la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por una, y nuestra Biblia la primera valen por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas³⁹.

No se trata, por tanto, sólo de formar el lenguaje. Para Gabriela Mistral la Biblia es fragua capaz de forjar en quien se introduce en sus entresijos “un metal humano duro de romperse”, capaz de ayudar a rehacer la vida, cuando cruje de averiada. Late en estas palabras la experiencia personal de su Biblia “de tapas resobadas”, que le ayudó a equilibrar, y a veces a vencer, el gélido viento de la espiritualidad descarnada del budismo.

Pero la misma idea repite en un interesante poema, que la escritora leyó precisamente en la Biblioteca Mexicana que lleva su nombre allá por el año 1922, cuando su viaje a México, para participar en el programa educativo del entonces ministro de educación, José Vasconcelos. En una biblioteca, ¿de qué iban a tratar sus versos, sino de libros, de sus libros? ¿Y cómo no iba a hablar ella en tal ocasión de su libro por excelencia?

¡Libros callados de las estanterías,
vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

...

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente,
tienes sobre los Salmos las lavas ardientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo!
Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino

³⁹ El pasaje pertenece al *Recado* “Pasión de leer”, recogido en *Antología Mayor* 1992, IV, 92-4; tomado aquí de *Antología* 578.

y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu sólo el decir tu nombre;
porque yo de ti vengo he quebrado el Destino⁴⁰.

Hay aquí algo más que influencia en el modo y estilo de hablar y de escribir. Los salmos bíblicos son lava ardiente que enciende el corazón; la Biblia toda es sustento de la gente, capaz de erguirlos reciamente en medio de los hombres, capaz incluso de quebrar el aparente destino de una persona.

Pero no cabe duda de que la influencia de la Biblia en el decir y escribir de Gabriela Mistral fue decisiva. Y ella, que es consciente del hecho, lo explica con detalle y no sin cierto orgullo:

Ahora me queda por decir lo formal, que es a la vez lo esencial del contagio de la Biblia sobre mí: pues en lo hebreo andan juntos y entrelazados como carne y tendón el fondo con la forma.

Los Salmos de mi abuela, y después de ellos mi lectura larga y ancha de la Biblia total, que yo haría a los 20 años, me habituaron a su manera de expresión que se avino conmigo como si fuese un habla familiar que los míos hubiesen perdido y que yo recuperé con saltos de gozo (*Antología* 584-5).

“Un habla familiar”, así describe el primer efecto de la lectura de la Biblia en ella. Antes de entrar en algunas cuestiones de estilo, que ella misma se encargará de subrayar, no debemos olvidar este “habla familiar”. Cuando uno lee los escritos de determinados padres de la Iglesia, escritores antiguos que se sabían gran parte de la Biblia de memoria, como Juan Crisóstomo, Basilio, Jerónimo, Ambrosio, Agustín, por decir sólo algunos de los más ilustres, una de las cosas que siempre sorprenden es que “hablan Biblia”, el lenguaje bíblico se les ha hecho tan familiar que sus palabras y frases afloran con naturalidad y sin artificio a lo largo de la exposición escrita. Algo parecido sucede en Gabriela Mistral. No es aquí el caso de analizar en su obra este aparecer la Biblia cuando menos se la podría esperar,

⁴⁰ “Mis libros”. Lectura en la Biblioteca Mexicana Gabriela Mistral, poema del libro *Desolación*; *Antología* 24.

y aparecer con naturalidad y pertinencia... y belleza. Pongamos un único ejemplo. En su viaje por Brasil el año 1925 o, quizá, durante su estancia más larga a principio de los años cuarenta del siglo XX, la poeta tuvo ocasión de admirar la “Pedra do rio Paraibuna”, un inmenso bloque de granito, con paredones verticales de hasta 400 metros, junto al río Paraibuna, entre Río de Janeiro y Minas Gerais. A ella Gabriela le dedica un bello poema, en el que, además de compararla con la cordillera andina y con una elefanta, dice que “parece el haz de una Gloria, / y el perdón de nuestras culpas, ...”. No sé por qué esta comparación, que es una clara frase bíblica y litúrgica. Pero los versos que nos interesan son aquellos en los que la gran mole se presenta como:

Buena para hacer la ofrenda
y alzar de lo alto su aleluya,
para encender una hoguera
u ofrecer desnudo un hijo
o morir dando el espíritu
de muerte aceptada y pura (“La Piedra de Parahibuna”,
en *Lagar; Antología* 368).

En el trasfondo, y casi en la superficie de estas palabras encontramos una serie de referencias bíblicas suficientemente claras. La gran piedra es como el monte sobre el que se realiza la ofrenda a Dios. Como el monte Moriah, al que sube Abraham a ofrecer desnudo a su hijo sacrificándole con el cuchillo y el fuego (Gén 22). Como el monte Sión, Jerusalén, hacia el que se dirigen los peregrinos para alabar a Dios en lo alto: “Grande es el Señor, y dignísimo de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Con júbilo de toda la tierra se ha edificado el Santuario en el monte de Sión, la ciudad del gran Rey...” (Sal 47 (48), 2-3). Como monte Sión en el que todo Israel, postrado, alaba a Dios: “Ensalzad al Señor, nuestro Dios, y adoradle en su santo Monte, porque el Señor, Dios nuestro, es el Santo por excelencia” (Sal 98 (99), 9). Como el monte Calvario, donde “Jesús, clamando con voz muy grande, dijo: Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró” (Lc 23, 46). Tres montes bíblicos le vienen en un momento a la cabeza y al corazón a la poeta, mientras contempla y

recuerda el singular monte del Paraibuna. Esto es lo que significa poseer un “habla familiar” con la Biblia o, más sencillamente, hablar Biblia⁴¹.

Pero Gabriela sabe bien que la Biblia es variada, y a la vez tiene un aire común toda ella que la unifica sin uniformarla:

Yo sé muy bien que hay en la Biblia muchas líneas de expresión: hay el orden de la crónica, seco y tónico; hay las islas de lo idílico en la historia de José o en la de Ruth; hay el dramático de Job, tan diferente del patético de David; hay el orden clásico del Eclesiastés y los Proverbios, y, para no seguir, hay entre las fragosidades de Ezequiel y Jeremías, las colinas medio doloridas, medio felices de Isaías, puente de cuerda echado ya sobre la orilla cristiana. La riqueza es una de las causas de la fascinación que irradia el Santo Libro y que lleva hacia él a fieles e infieles, a finos y a bastos. La variedad constante evita la fatiga de una Escritura, que pudo tener la pesadez mortal de las otras de su género, de todas las demás; la Biblia llega a parecer una geografía continental, en la cual el caminador, siempre fresco, que la recorre, pasa, en turnos como de mano paterna a mano materna, de esta montaña a aquellos collados y de esos al otro vallecito de gracia. Siempre se anda por la Biblia cogido por el Israel

⁴¹ El caso señalado no es único, sino muy frecuente. Así, por ejemplo, la cordillera de los Andes es “la andina, la de greña oscura, / mi Cordillera, la Judith tremenda” (“El Ixtlahuati”, en *Desolación, Antología* 83); cuando quiere exaltar la belleza de Chile, no puede por menos de compararla con las matriarcas bíblicas: “Danzamos en tierra chilena, / más bella que Lía y Raquel; / la tierra que amasa a los hombres de labios y pecho sin hiel...” (“Tierra chilena”, de *Ternura, Antología* 125); describiendo el sol del trópico, usa varias imágenes, entre ellas la del arcángel Rafael: “Sol de montañas y valles / de los abismos y los llanos, / Rafael de las marchas nuestras, / lebril de oro de nuestros pasos, ...”; el sol es así compañero nuestro como el ángel Rafael lo es de Tobías (“Sol del trópico”, de *Tala., Antología* 263). Incluso en una obra como el *Poema de Chile*, obra en que trabajó siempre y que no terminó nunca, encontramos referencias sorprendentes. Por referirme sólo a los poemas de la *Antología* que tengo como referencia, podemos allí leer que el majestuoso río Bío Bío es “agua mayor de nosotros, / red en que nos devolvemos, / nos bautizas como Juan, / y nos llevas sobre el pecho (*Antología* 474); el volcán Osorno es el David de las montañas, “Volcán de Osorno, David / que te hondeas a ti mismo” (480); la noche andina, “de estrellas acribillada”, “hierve así del esplendor / como una Escritura Santa. / ¿Por qué será que dormimos / cuando ella dice palabras / que el Día se desconoce / y que sólo de ella bajan? (466). Y con el monte Aconcagua llegamos ya al máximo: con su lava que cae al rojo vivo es “Elías, carro ardiendo”, mientras que por su magnificencia es “Elohim Aconcagua”, “Elohim abrasado / viejo Aconcagua” (Texto en página web de la Universidad de Chile *Gabriela Mistral*, acceso último 27 de febrero de 2012).

innumerable que, con modo varonil o femenino, a grandes tajos de frenético amar, lucha, cree, duda, protesta y reprende, pero que no duerme nunca, que parece ser la criatura de una vigilia eterna.

Pero existe, en todo caso, un acento bíblico general; hay unos denominadores comunes que valen para aquella masa de documentos colectivos y piezas individuales: existe realmente un verbo hebreo que en el Santo Libro mantiene una columna vertebral, la unidad, o bien el aire de familia entre las figuras del largo fresco (*Antología* 585).

Pedro Luis Barcia, en su breve pero interesante ensayo sobre la prosa de Gabriela Mistral, subraya que es este “acento bíblico general”, que atraviesa todos los libros de ambos Testamentos, el que “orea su poesía y su prosa. Él le da un *vibrato* lírico que transe toda su expresión escrita”⁴². Es verdad. Entre otras cosas que subraya el académico argentino, está la presencia en la prosa y los poemas en verso de la estructura de los versículos en dos momentos, que él describe como diástole y sístole, utilizando una terminología de Paul Claudel. En realidad, se trata de la conocida técnica del paralelismo de los miembros o paralelismo bíblico, bien estudiada por los especialistas, mediante la cual el poeta bíblico va diciendo las cosas con fórmulas paralelas, opuestas o complementarias⁴³. Por ejemplo, veamos cómo Gabriela utiliza esta técnica en el conocido “Nocturno de la consumación”, especie de salmo trágico, compuesto al estilo de la poesía hebrea, en el que ella expresa una dramática y dolorosa queja frente a Dios en un momento especialmente difícil de su vida

Te olvidaste del rostro que hiciste
 en un valle a una oscura mujer;
 olvidaste entre todas tus formas
 mi alzada de lento ciprés;
 cabras vivas, vicuñas doradas
 te cubrieron la triste y la fiel.

⁴² P. L. BARCIA, *La prosa de Gabriela Mistral, Antología* LXXXVI-VII.

⁴³ Véase por ejemplo L. ALONSO SCHÖKEL, *Estudios de poética hebrea*, Flors, Barcelona 1963; ID, *Poética hebrea, Hermenéutica de la Palabra* II, Cristiandad, Madrid 1987, 69-85.

Te han tapado mi cara rendida
 las criaturas que te hacen tropel;
 te han borrado mis hombros las dunas
 y mi frente, algarrobo y maitén.
 Cuantas cosas gloriosas hiciste
 te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
 la canción por la sola merced;
 como Tú me enseñaste este modo
 de estirarte mi esponja con hiel,
 yo me pongo a cantar tus olvidos,
 por hincarte mi grito otra vez (De *Tala*, *Antología* 221-2).

Obsérvese cómo en las tres estrofas (y así sucede en gran parte de las que siguen) los cuatro primeros versos presentan el mismo pensamiento en paralelo de dos en dos versos; mientras que los últimos dos versos que cierran la estrofa rematan la idea de olvido, ofreciendo un paralelismo sintético con los anteriores. Por otra parte, el poema parece expresar la queja de quien siente lejano al Dios que conoció en el oscuro valle de Elqui, como si él se hubiera olvidado de ella. Es casi una trasposición del inicio del dramático salmo 21 (22), que los evangelistas pondrán en boca de Jesús clavado en la cruz: “¡Oh Dios! ¡Oh Dios mío, vuelve a mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado?” (cf. Mt 27, 46; Mc 15, 34). Un desamparo y olvido que, evocando de nuevo sus lecturas bíblicas, se apoya en que todas las bellas y gloriosas criaturas que Dios ha hecho (Gen 1-2), ahora le ocultan el rostro de esta pobre mujer. Una mujer, la poeta, que cantó las canciones que el mismo Dios le puso gratuitamente en la boca (sin duda, alusión a los salmos que cantaba o conocía desde su niñez, con su abuela), canciones que son su modo de aliviar los dolores de Cristo en la cruz, es decir, de alargarle su esponja con hiel (cf. Jn 19, 28-29, par.). Ahora, la mujer dolorida toma de nuevo la misma caña, para “estirarte mi esponja con hiel”, es decir, para cantarte mis desgracias y tristezas. Forma y fondo bíblico unidos en este, como en tantos otros de sus poemas que, en una mirada superficial, pareciera como si nada tuvieran que ver con la Biblia. Y, sin embargo, a poco que se detenga uno a releer el poema, aparece enseguida ese “acento bíblico

general” en forma y fondo, que impregnó hasta los tuétanos la palabra poética de la escritora del valle del Elqui.

Pero Gabriela desciende aún a más detalles:

Para mí –y yo no vengo a decir sino la Biblia mía, en mí– la unanimidad del Santo Libro lo dan estas cosas: el ríscoso tono verídico; la expresión directa que el judío prefiere, en vertical de despeñadero andino, por el que la maldición o la bendición caen a nosotros; una trama constante de violencia brutal y de unas indecibles dulzuras; el realismo que, como el de los españoles, deja circular un airecillo lírico y constante, y sobre todo una intensidad extremada, que no se relaja, no se afloja, no se dobla nunca, verdadero misterio de la expresión esencial, dada en un ardor que escuece la boca. El hebreo de la Biblia, tal vez el hebreo de todo tiempo, es un hombre henchido y ceñido a la vez, que carga el verbo de electricidad de acción, es el que menos ha pecado contra el baldiismo de la palabra, el que no cae en el desabrimiento y la laciencia de la expresión.

A los diez años, yo conocí esta vía de la palabra, desnuda y recata y la adopté en la medida de mis pobres medios, a puro tanteo, silabeando sus versículos recios, tartamudeando su excelencia y arrimándome a ella, a la vez con amor y miedo de amor. Había encontrado algo así como una paternidad para mi garganta, como una tutoría cuando menos en mi amarga orfandad de una niña de aldea cordillerana, sin maestro, y sin migaja de consejo para los negocios de su alma muy ávida, mucho.

De este lote de virtudes expresionales de la Biblia, parece que las que más me hayan atraído sean la intensidad y cierto despojo que no sólo aparta el adorno, sino que va en desuello puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestigió su condición de dardo verbal, su urgido canal de vena caliente. Ella me asqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de bruces a beber sobre el manadero de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resuello vivo.

La ciencia de decir en la Biblia, el comportamiento del judío con el verbo, aun considerada aparte del asunto religioso, es una enorme lección de probidad dada por Israel a los demás idiomas y a las otras

razas. El acento de veracidad de la Escritura, de que hablan los críticos, es lo que en gran parte, ha hecho la actualidad permanente de la Biblia, esa especie de marcha ininterrumpida del Santo Libro a través de los tiempos más espesos de materia y más adversos a su orden sobrenatural (*Antología* 585-6).

De nuevo Pedro Luis Barcia, comentando este texto, subraya que su impregnación bíblica aporta a su prosa “el sentido de la oralidad viva en el decir”, y, sobre todo, porque lo subraya particularmente la escritora, “la actitud de despojo de la grosura innecesaria, sana reacción contra la tendencia hispanoamericana al floripondio”. Finalmente, la familiaridad con la Escritura le ha ayudado a “eliminar el desabrimiento –palabra teresiana, recurrente en los escritos de Gabriela– y lo que llama ‘lacidad’ de expresión, con oportuno neologismo ... aplicado al estilo y al espíritu en su condición de ‘lacio’, es decir, ‘marchito’, ‘ajado’ o bien ‘débil’, sin vigor”⁴⁴, echándole a beber directamente, de bruces, sobre el manadero de la palabra viva.

Podríamos ir ejemplificando cada una de las cualidades de su lengua (Gabriela no se refiere aquí sólo a la prosa, sino también y principalmente a sus poemas en verso), que ella remonta al contacto vivo, vital y asiduo con la Biblia. No es posible hacerlo con detalle en este ya largo ensayo. Basten algunos ejemplos, casi sin comentario. Así, ella habla de “la expresión directa que el judío prefiere, en vertical de despeñadero andino, por el que la maldición o la bendición caen a nosotros”. Bendición y maldición no están aquí dichos por casualidad. Se trata de un género bíblico frecuente, particularmente intenso en el libro del Deuteronomio. Y ella lo ha adoptado también como suyo. Así, el poema titulado precisamente “Bendiciones”, de su libro *Ternura*, escrito el día de las madres en Brasil, al que ya me he referido, es prácticamente una bendición o *beraká* bíblica del hijo, trinchada de alusiones y referencias a personajes e historias de la Biblia, como la podría haber hecho Isaac con Jacob o Moisés con Josué. A ella siguen toda una serie de bendiciones a la madre. Veamos algunas estrofas:

Bendita mi lengua sea
y mi pecho y mi respiro

⁴⁴ P. L. BARCIA, “La prosa de Gabriela Mistral”, *Antología* LXXXVIII.

y benditas mis potencias
para bendecir al hijo.

...

Bendito de Dios galopes;
el mar navegues bendito:
bendito vayas y vengas.
Nunca te traigan herido.

Bendito entres por las casas,
alzada de árbol florido,
y Raquel te sepa suyo,
y arribado sin caminos.

...

Bendita seas andando
por la tierra sembradía
que se vuelve por los surcos
para decirte bendita.

Los pájaros que se cruzan
como el Ángel de Tobías
le dejen caer su gracia

a la madre que camina... (De *Ternura*, *Antología* 150-2).

Quien conoce un poco la Biblia inmediatamente evoca las bendiciones bíblicas del libro del Deuteronomio, anunciadas por Moisés al pueblo de Israel siempre que sea fiel a la Alianza:

El Señor Dios tuyo te ensalzará sobre todas las naciones que pueblan la tierra.

Y vendrán sobre ti y te alcanzaran todas estas bendiciones, con tal que obedezcas sus preceptos:

Bendito serás, en la ciudad, y bendito en el campo.

Bendito el fruto de tu vientre, y benditos los frutos de tu tierra,
y benditas las crías de tus jumentos, las majadas de tus varas, y los apriscos de tus ovejas.

Benditos tus graneros, y benditos los repuestos de tus frutos.

Bendito serás en todas tus acciones desde el principio hasta el fin (Dt 28, 1-6).

Y eso, sin pararnos a señalar, una vez más, las referencias bíblicas que contiene el poema, a Raquel en las primeras estrofas, al ángel de Tobías en las dedicadas a la madre, que en este caso cobran un aire sapiencial, al estilo del poema a la mujer fuerte (Prov 31, 10-31)⁴⁵.

Una dedicatoria para concluir

Pero ya es tiempo de terminar. Quien haya tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí a Gabriela Mistral y a mí con mi pobre comentario habrá observado que la influencia de la Biblia en su palabra escrita, prosa y verso, es mucho más profunda de lo que a primera vista puede uno imaginar. He intentado recoger algunos detalles de esta influencia a partir del texto en que ella misma describe la importancia de la lectura bíblica en su obra. Queda la tarea de ir espigando las referencias explícitas e implícitas a la Biblia en su obra publicada. Mis primeros escauceos me avisan de que es grande, constante y decisiva. Cómo ello mismo influyó en su vida, es más difícil de dilucidar. En cualquier caso, podría decirse que la letra bíblica salvó la escritura de la poeta y la llenó de una fuerza singular, no siempre bien entendida, ni siquiera percibida siempre. El espíritu bíblico atemperó la deriva oriental mística y heladora, según sus palabras, del budismo. Y uno quisiera creer que preservó siempre en su corazón un rescoldo vivo de fe cristiana, una acogida de la figura de Jesucristo, como alguien más que un personaje singular. “Nunca dejó de obrar en mí la fascinación de Jesucristo”, dice ella misma, cuando cuenta su más profunda crisis religiosa⁴⁶. Forma y fondo, fondo y forma, que, como ella percibía claramente, van siempre unidos y son hermanos inseparables. Eso es lo que uno percibe, después de haber indagado, aunque sea limitadamente, en la significación de la Biblia para Gabriela Mistral en su vida y en sus escritos. Eso es lo que se deja transparentar en el bello poema dedicatoria que, a decir de Norber-

⁴⁵ Gabriela Mistral tiene en *Desolación* un bello poema que se titula, no sin intención, precisamente como el poema bíblico, “La mujer fuerte”, poema paradójico y de gran belleza y verdad, porque en él describe a la mujer seducida por el macho potente y abandonada con el fruto del hijo en su vientre; cf. *Antología* 14.

⁴⁶ La crisis provocada por la muerte de su madre; cf. *Bendita mi lengua sea* 159.

to Pinilla, ella escribió en su Biblia “de pastas resobadas” en 1919, la Biblia que regalaría a la Biblioteca del Liceo de Niñas n° 6 de Santiago, del que Gabriela sería la primera directora en 1921. En él hace la gran confesión, que he intentado ilustrar en este ensayo, haber asumido en su persona y en sus obra escrita la lengua y el espíritu de la Biblia: “que ya ni sé cuándo digo mi queja y cuándo repito solamente la de vuestros varones de dolor y arrepentimiento”. Ningún otro final sería más bello y más certero:

LIBRO MÍO,

libro de cualquier tiempo y en cualquier hora,

bueno y amigo para mi corazón,

fuerte, poderoso compañero.

Tú me has enseñado la fuerte belleza y el sencillo candor,

la verdad sencilla y terrible en breve cantos.

Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo,

han sido los que tú me diste:

David, Ruth, Job, Raquel y María...

¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres?

Por David amé el canto, merecedor de la amargura humana.

En el *Eclesiastés* hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida,

y tan mío ha llegado a ser vuestro acento

que ya ni sé cuándo digo mi queja

y cuándo repito solamente la de vuestros varones de dolor y arrepentimiento.

Nunca me fatigaste, como los poemas de los hombres.

Siempre eres fresco, recién conocido, como la hierba de julio,

y tu sinceridad es la única en que no hallo peligro, mancha disimulada de mentiras.

Tu desnudez asusta a los hipócritas y tu pureza es odiosa a los libertinos.

Yo te amo todo,

desde el nardo de la parábola hasta el adjetivo crudo de los Números⁴⁷.

⁴⁷ N. PINILLA, *Biografía de Gabriela Mistral* 1946, o.c., 65-66.

Bibliografía

- ALONSO SCHÖKEL, L., *Estudios de poética hebrea*, Flors, Barcelona 1963.
- ALONSO SCHÖKEL, L., *Poética hebrea, Hermenéutica de la Palabra II*, Cristianidad, Madrid 1987,
- BORROW, G., *La Biblia en España o viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*, Cid, Madrid 1967.
- BURGUÉS, J. P., “La Biblia del P. Felipe Scío, primera edición católica de la Biblia en España (1790-1793)”, *Analecta Calasanciana* 58 (1987).
- BUSIGGER, C. L., *Compendio de la historia bíblica o narraciones del Antiguo y Nuevo Testamento para el uso de las escuelas católicas*, Benziger, Einsiedeln 1898.
- CANCLINI, A., *Diego Thomson, apóstol de la enseñanza y distribución de la Biblia en América Latina y España*, Asociación Sociedad Bíblica Argentina, Buenos Aires 1987.
- DEPASSIER HAMILTON, C., “Raíces bíblicas en la poesía de Gabriela Mistral”, *Cuadernos Americanos* 20 (5, 1961).
- DE ARRIGOITIA, L., *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico 1989.
- DE PAULA TAFORÓ, F., “Curso de Historia Sagrada, dispuesto para los colegios nacionales de la República de Chile, de la Imprenta Nacional, Santiago 1849”, *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile* 21-22 (2004).
- DRIoux, C. L., *Compendio de Historia Sagrada, seguido de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, Nicasio Ezquerro, Valparaíso 1865.
- DURUY, V., *Compendio de Historia Sagrada*, Hachette, París 1872, 1885, 1886. (Traducción al castellano hecha por Mariano Urrabieta).
- FALABELLA LUCO, M. S., *¿Que será de Chile en el cielo?: Poema de Chile de Gabriela Mistral*, Lom Ediciones, Santiago de Chile 2003.
- FERNÁNDEZ LARRAÍN, F., *Cartas de amor de Gabriela Mistral*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1978.
- GAZARIAN-GAUTIER, M. L., La prosa de Gabriela Mistral o una verdadera joya desconocida, *Revista Chilena de Literatura* 36 (1990).
- GONZÁLEZ CARVAJAL, T., *Evangelios*, Universidad Nacional de México, México 1923.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, T., *Los libros poéticos de la Santa Biblia*. Tomo VI, Benito Monfort, Valencia 1827.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, T., *Los salmos del Rey David. Traducidos nuevamente al*

- castellano en verso por Tomás González Carvajal (1819)*, Pleamar, Buenos Aires 1944.
- JORDÁ SUREDA, M., *La Biblia del pueblo: en verso a lo divino y a lo humano*, Centro de Estudios de Cultura Tradicional, Santiago 2002.
- MISTRAL, G., *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo*, Planeta Chilena, Santiago 2009.
- PAZ, O., *El pan, la sal y la piedra, Gabriela Mistral, fundación y disidencia*, Fondo de Cultura Económica, México 1991.
- PINILLA, N., *Biografía de Gabriela Mistral*, Tegualda, Santiago de Chile 1946.
- RAE - ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA, *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*, Edición conmemorativa, Santillana, Lima 2010.
- ROJAS FLORES, J., *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010*, JUNJI, Santiago de Chile 2010.
- SALINAS CAMPOS, M., *Canto a los divino y religión popular en Chile hacia 1900*, Lom ediciones, Santiago 2005.
- SÁNCHEZ CARO, J. M., "Biblia e Ilustración. Las versiones de la Biblia al castellano en el siglo XVIII", *Helmantica* 58 (2007).
- SÁNCHEZ CARO, J. M., *La aventura de leer la Biblia en España*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2000.
- SCHUSTER, I., *Historia Bíblica: exposición documental fundada en las investigaciones científicas modernas*, Litúrgica Española, Barcelona, 1934.
- SCÍO DE SAN MIGUEL, F., *La Biblia Vulgata Latina traducida en Español y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y Expositores Católicos*, Oficina de Joseph y Thomás de Orga, Madrid 1794.
- TORRES AMAT, F., *La Sagrada Biblia nuevamente traducida de la Vulgata latina al español*, León Amarita, Madrid 1823-25.
- VARGAS SAAVEDRA, L., *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*, Ed. Andrés Bello, Santiago 1978.

Artículo recibido el 25 de enero de 2012

Artículo aprobado el 9 de abril de 2012